

# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## El Castillo de San Mauro.

Drama en cinco actos y seis cuadros, traducido del francés por D. LUIS OLONA y D. MARIANO DE GODOY, representado por primera vez en el teatro de la Cruz, en el mes de Julio de 1846.

Es propiedad de D. Vicente de Lalama, Editor de esta BIBLIOTECA, la cual se publica en Madrid, calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerías de Perez y Jordan, calle de las Carretas, Viuda de Razola, calle de la Concepcion, y Castan, calle del Principe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

Con el objeto de fomentar en lo posible la afición al bello arte de la declamacion, permite el Editor, que toda Sociedad ó Liceo donde se encuentre instalada la seccion dramática, pueda representar esta y las que formen la coleccion, siempre que preceda la licencia del Editor en Madrid, ó de sus correspondientes en las provincias, y el abono de seis ejemplares para la seccion.

### PERSONAGES.

### ACTORES.

EL MARQUES SALVIATI.	D. E. Noren.
GENARO DE MONZANY.	D. M. Catalina.
JACOBO DE MONZANY.	D. P. Sanchez.
RUSTIGUELO.	D. F. Lumbreras.
MARCO.	D. J. Garcia.
EL CONDESTABLE DE MILAN.	D. J. Aznar.
UCIO.	D. R. Aguirre.
MADEO.	D. J. Carceller.
ARENO.	D. R. Menor.
PIETRO.	D. M. Serrano.
MIRGINIA DE SALVIATY.	D. <sup>a</sup> C. Ruiz.
BERTA.	D. <sup>a</sup> A. Pamiás.
EONOR.	D. <sup>a</sup> M. Pérez.

*Arriados, Heraldos, un monedero, caballeros, damas, pages, hombres del pueblo, guardias y monederos.*

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin del palacio de Salviati en Milan. A la izquierda del actor unos bancos de cesped; á la derecha en tercer término, la entrada del palacio.

### ESCENA I.

EL MARQUES y el CONDESTABLE.

COND. ¿Segun eso, señor marqués, no habeis te-

nido noticias del conde de Monzani?

MAR. Ninguna absolutamente, señor Condestable; á no ser asi, como habia yo de haber dejado de ponerlas en conocimiento del gran duque nuestro dueño, en cuyo nombre me honrais con esta visita!

COND. En efecto, el Gran duque de Milan tiene un empeño particular en ver terminado este negocio, que si no se arregla vá á ser causa de que corra la sangre mas noble de Italia.

MAR. Yo no puedo menos de repetir lo mismo que tengo dicho tantas veces. La culpa no es nuestra. Hace ya mas de un siglo que la familia de Monzani, se apoderó á viva fuerza del castillo de san Mauro, perteneciente á la familia de Salviati, cuyo único representante soy yo. Desde aquella época, cada Salviati al ceñir la espada de caballero, ha jurado que no omitiria medio alguno para lograr que las armas de la familia, volviesen á colocarse sobre las puertas del castillo. Yo he prestado este juramento como todos los demas, y es preciso que se cumpla, cueste lo que cueste.

COND. Y teneis por garantia de que asi sucederá, la palabra de su Alteza. No pudiendo serle indiferente, en qué manos ha de venir á parar el castillo de san Mauro, que por su posicion es la llave de todo el Milanesado; ha querido señalar desde luego quién lo ha de poseer, poniendo con esto un término á la guerra intestina de las dos familias, cuya reconciliacion vá á efectuarse por medio de un casamiento.

MAR. Al cual he accedido de buena fé, caballero.

COND. El conde de Monzani, se ha prestado á ello del mismo modo, con tal de poner término á esta guerra. Desterrado del Milanesado, no ha podido lograr volver á él, sino con la espresa condicion de que nombraria heredero del castillo de san Mauro, á uno de sus dos sobrinos, Genaro ó Jacobo de Monzani, debiendo casarse el que sea nombrado, con la señorita Virginia, vuestra hija.

MAR. Asi es. Ahora detenido en la frontera á causa de una grave enfermedad, que hace temer fundadamente por sus dias, es muy probable que el conde no vuelva á ver su patria, y su testamento será únicamente el que nos haga conocer quién ha sido el elegido.

COND. En tal caso, ¿está pronta la señorita Virginia, á aceptar por esposo, al que el conde haya nombrado heredero?

MAR. Aun no he hablado con ella sobre el particular; pero mi hija conoce las órdenes del gran duque en este asunto, y yo doy mi palabra de caballero, de que obedecerá.

COND. Está bien... Ahora vuelvo al lado de su Alteza, para decirle que su voluntad será cumplida.

MAR. Podeis asegurarlo sin recelo, señor Condestable; porque los Salviati, pueden muy bien depositar su honor en manos de un soberano, que guarda tan bien el de todo un pueblo. *(sale el Condestable por el fondo; izquierda.)*

## ESCENA II.

EL MARQUES, luego VIRGINIA que sale del palacio.

MAR. *(solo.)* Gracias á este casamiento, el noble escudo de mis armas volverá á aparecer en la fachada del castillo, que fué la cuna de mis antepasados... y yo seré el único de mi familia que habrá podido cumplir el juramento que tantos otros hicieron antes que yo. Pero aquí viene Virginia!

VIRG. *(entrando.)* Me alegro de hallaros! Os he andado buscando por todas partes, porque segun me han dicho, el señor Condestable acaba de salir, y desearia saber si os ha dado alguna noticia.

MAR. *(acompañándola á un asiento.)* No, hija mía; antes bien, él venia á saber si yo habia recibido alguna. La impaciencia que noto en ti me es muy agradable, porque veo en ella con la mayor satisfaccion, que accederás sin disgusto al enlace que te se manda contraer.

VIRG. Oh! si señor.

MAR. *(sentado al lado de su hija.)* Jamás he creído que mi hija dejase de apreciar las ventajas de este casamiento, en el que debe haber visto, como yo, el único medio posible de restaurar el honor de los Salviati.

VIRG. No hay duda, señor, en que esta razon es de mucho peso para mi; pero si he de hablaros francamente, aun tengo otra mas poderosa.

MAR. No entiendo cuál puede ser.

VIRG. Estoy cierta desde ahora, de la eleccion que hará el conde de Monzani.

MAR. Y cómo puedes tener esa seguridad, hija mía?

VIRG. Vais á reiros tal vez de mi credulidad, que tratareis de supersticion. Seguramente que no habreis olvidado aquella gitana á quien hace poco salvé del furor del pueblo...

MAR. Berta! ¿no es verdad? La que por medio de un secreto maravilloso que posee, ha curado la herida de nuestro gran duque?

VIRG. Y la que en lugar de ser recompensada por el mucho bien que hace, se vé insultada y tratada como hechicera; pues esa es precisamente la que ha vaticinado lo que habia de sucederme. Cuando la hube arrancado de manos de sus perseguidores, me pareció que no podia tener otro asilo mas seguro que mi habitacion, llevéla alli en efecto, y ella queriendo entonces agradecerme á su modo el beneficio que acababa de dispensarla, me dijo la buena ventura y me aseguró que me veria unida á la persona á quien amo.

MAR. ¿Y qué deduces tú de eso?

VIRG. Deduzco que siendo Genaro de Monzani el que yo amo, y que no tengo reparo en confesarlo francamente, es preciso que él sea el heredero del conde para que la profecia de Berta salga verdadera.

MAR. Pero Jacobo de Monzani, ademas del derecho de primogenitura que tiene sobre su primo, reúne los mismos títulos que este, para aspirar á las liberalidades del conde.

VIRG. Oh! señor, eso es muy distinto... desde luego yo no le amo.

MAR. Muy bien... pero su tio...

VIRG. Su tio no puede darle la preferencia sobre Genaro. El señor Jacobo no ha salido de Milan en estos tiempos de guerra en que tan honroso es hallarse en los combates. Genaro; aunque tan jóven, ha espuesto cien veces su vida en los campos de batalla, y con sus heroicas acciones y con su valor, ha añadido un nuevo brillo á su nombre. Genaro es todo un caballero, y Jacobo no es mas que un astuto cortesano.

MAR. Es cierto, que el señor Genaro ha merecido por su noble conducta, el ir encargado de una mision honorifica y delicada á la corte de Francia, en donde se halla todavía; pero si el conde de Monzani llegase á morir sin tener tiempo de declarar su última voluntad, el señor Jacobo seria su heredero de derecho á causa de ser mayor que su primo.

VIRG. El conde ha manifestado demasiado su afecto hácia Genaro, cuya educacion ha dirigido, y cuyo corazon y nobles sentimientos aprecia en su justo valor, para que no trate de legítimar sus derechos... Oh! estoy muy segura de ello, creed padre mio, que Genaro, será el heredero de la casa de Monzani.

MAR. Pero suceda lo que quiera, tú estás dispuesta á casarte con el que sea heredero del conde!..

VIRG. Desde luego puedo comprometerme sin temor de desobedecerlos.

MAR. Cuento con eso Virginia; porque si tu esperanza; que tambien es la mia, no se realizase,.. piensa en que se trata nada menos que del honor de nuestro apellido, y cuenta tambien con que sobre este particular soy inflexible.... Pero el señor Jacobo viene hácia aqui... está muy triste... ¿qué querrá decir es-

to? (*se levantan los dos.*)

ESCENA III.

*Los mismos y JACOBO, saliendo del palacio.*

MAR. ¿Seguimos aun sin noticias, señor Jacobo?... ¿ó teneis alguna que fije vuestra suerte?

JACO. No me inquieta tanto el saber el resultado del testamento de mi tio, como el mal estado de su salud. Casi he renunciado ya á las esperanzas que parecia me hallaba con derecho de concebir en razon á ser el mayor de sus dos sobrinos, cuando he reflexionado en el cariño que el conde de Monzani profesa á mi primo Genaro; cariño que justifican al mismo tiempo las brillantes prendas de que se halla adornado.

VIRG. Lo veis, señor, lo veis? (*en voz baja al Marqués.*)

JACO. Asi es, que lejos de imitarle enviando un emisario como él lo ha hecho á la cabecera de la cama del moribundo, yo he querido por el contrario dejar al conde en una completa libertad; con eso si la suerte me favoreciese, á lo menos no se me podria acusar de haber querido violentar la voluntad de mi tio.

VIRG. Pero aunque el señor Genaro haya enviado á su escudero al lado de su tio, no ha sido otro el motivo, sino que viéndose obligado á marchar á Francia, queria tener una persona que pudiese darle noticias directas de la salud de vuestro pariente.

JACO. (Como le defiende!) (*alto.*) Lejos de mi, señora, la idea de sospechar de las intenciones de Genaro, á quien miro como un hermano, y en cuyo honor estoy tan interesado como en el mio propio. Esta misma mañana he dado una prueba de ello en el palacio del gran duque donde se trataba de hacer creer que Genaro... pero es cosa que se me hace tan difícil.

VIRG. Y qué es lo que trataban de hacer creer, señor Jacobo?

JACO. Una cosa que á ser cierta, me aflijiria extraordinariamente... Personas que se creian muy bien informadas aseguraban que seducido Genaro por los brillantes ofrecimientos de los Médicis, se habia pasado á su servicio y renunciado al de nuestro soberano.

MAR. Seria posible!.. Semejante conducta no podria calificarse sino de una felonía!..

VIRG. Es imposible!.. Todo eso no es mas que una pura falsedad!.. una calumnia!..

JACO. Lo mismo digo yo, señora... ese es mi modo de pensar... Sin embargo, hablando entre nosotros, bien puedo comunicaros mis temores!.. Genaro, hace ya mucho tiempo que ha salido de Francia... Sin embargo, veis que aun no ha venido...

VIRG. Pero vá á llegar de un instante á otro.

JACO. Si he de dar crédito á ciertas personas que están bien informadas...

VIRG. Volverá, señor Jacobo, y volverá muy pronto! Yo soy quien os lo digo!.. Estoy segura de ello... Mas segura que esas personas, que segun decis, se hallan tan bien informadas... Si ha salido ya de Francia ha sido para

venir aqui inmediatamente, á dar cuenta al gran duque de la honorifica mision que hade-sempañado; si hace mucho tiempo que salió, es prueba de que tardará muy poco en llegar aqui, y tal vez mañana, hoy mismo quizá volveremos á verle... Escuchad... ois esa voz...? Ahí le teneis!

Todos. Genaro!

VIR. Bien sabia yo que no me equivocaba!

ESCENA IV.

*Los mismos, y GENARO, que llega por la izquierda.*

GENA. Señor Marqués!... (*saludando.*) Señora!... Cuan (*á Virginia á media voz.*) feliz soy en volveros á ver!... (*á Jacobo*) Mi querido primo... (*le dá la mano.*)

MAR. Bien venido, señor Genaro; nunca ha sido mas agradable vuestra presencia á vuestros verdaderos amigos que lo es en esta ocasion, para dar con ella un mentis solémne á los rumores calumniosos que empezaban á correr con respecto á vos.

GEN. En efecto; he sabido en el Palacio del Gran Duque, de donde vengo en este instante, las absurdas sospechas de que empezaba á ser objeto. Pero gracias al cielo, su Alteza no me habia hecho el agravio de darlas acogida, y me lisonjeo con la idea de que si hubiese necesitado defensores, aqui es donde los hubiera hallado.

JACO. Sin duda, mi querido primo, mi amado hermano!... Eso mismo es lo que ahora acabábamos de decir.

VIRG. Omitid, señor Genaro, una justificacion que vuestra sola presencia hace ya inútil; y creed, como os lo ha dicho vuestro primo, que todos estábamos muy ciertos aqui de vuestra llegada.

GEN. Señora, os doy mil gracias por esa seguridad que recibo de vuestros labios!... Ahora, señor Marqués, os suplico que dándome algunas noticias de mi tio, suplais con ellas el silencio de Marco, de quien ninguna he recibido aun.

MAR. Nos hallamos en el mismo caso que vos; pero las últimas que hemos recibido eran tan alarmantes, que me temo que la primera que se reciba, sea la de que ya no existe.

CRIBADO. (*que sale por la izquierda.*) Un sugeto que dice llamarse Rustiguelo, desea ver al señor Marqués.

GEN. y JACO. Rustiguelo?

MAR. En efecto; yo he enviado á buscar á ese aventurero. (*hace seña para que sea introducido.*)

JACO. (Que viene á hacer aqui este hombre, que casi tiene derecho á la sucesion de los Monzani?...)(*alto.*) señor Marqués, nos retiramos.

MAR. No, no, quedaos!... Se trata de un negocio honroso, y dos leales caballeros como vosotros no están aqui de mas. En cuanto á ti, hija mia...

VIRG. Me retiro. (*á Jacobo y Genaro.*) Con vuestro permiso... (Desde que le he vuelto á ver... soy muy dichosa!...) (*el Marqués acompaña á Virginia al Palacio; Rustiguelo llega por la izquierda.*)

## ESCENA V.

RUSTIGELO, JACOBO, GENARO, MARQUES.

RUST. Aquí me teneis á vuestras órdenes, señor Marqués.

MAR. Escuchadme!... Tengo que hacer os una proposicion.

RUST. Antes de oirla, permitidme, señor Marqués, que os pregunte, asi como á estos dos señores, que noticias hay de la salud de mi anciano tío el señor Conde de Monzani.

JACO. Ninguna!... (Veámosle venir.)

GEN. La pregunta de Rustiguelo parece que os sorprende, señor Marqués; pero habeis de saber que en otros tiempos ha tenido con mi tío grandes relaciones.

RUST. Que empezaron en la época en que yo era aventurero.

JACO. La misma en que vos y todos vuestros compañeros vendiais vuestra espada y vuestros servicios á todas las potencias de Italia, una despues de otra.

RUST. Asi es; nosotros vendiamos sucesivamente nuestras espadas á todos los poderes, del mismo modo que el cortesano les vende sus adulaciones; pero con la diferencia de que el cortesano no se espone á ningun peligro, y nosotros arriesgabamos en ello nuestro pellejo; y es mas hermoso recibir dinero á cambio de valor, que elevarse sobre los demas á costa de mil bajezas. (*Jacobo hace una demostracion de ira.*)

GEN. Entonces mi tío no habia caido aun en desgracia; vos le hicisteis prisionero en una accion en que vuestras gentes peleaban contra sus soldados, y á pesar de eso le perdonasteis la vida.

RUST. Soy yo muy humano para perdonar siempre á los prisioneros que son ricos. En todas mis correrias no tengo que hecharme en cara el haber muerto á nadie que pudiese pagar su rescate.

GEN. Pero es que al Conde de Monzani, ni siquiera se lo habeis exijido.

RUST. No.

MAR. En efecto... es cosa muy particular.

JACO. Temiais ya, el que os pagasen en la moneda falsa de que está plagada Italia hace algun tiempo?

RUST. No; pero el Conde me ha prometido recompensarme aquel servicio de otro modo, y me lo recompensará!... La generosidad usada á tiempo, es algunas veces un caudal tan seguro como pueda serlo cualquier otro.

JACO. (Ciertas son mis sospechas!)

RUST. Y por qué motivo he sido llamado al Palacio del señor Marqués de Salviati?

MAR. El motivo es el siguiente. Viliers de Lile Adam, gran maestro del orden de los hospitalarios de san Juan de Jerusalem, se halla sitiado por Soliman en la isla de Rodas; del éxito de esta implacable lucha, dependen la conservacion de la orden, las vidas de todos los nobles miembros que la componen, y el honor de la religion; acabo de recibir una carta de mi amigo el gran Maestro, y en ella me pide que le husque algunos socorros entre to-

dos nuestros hermanos de Milan. Yo que soy el general mas antiguo de Italia, no vacilaría ni un solo momento en volar en su ayuda á la cabeza de todos los nobles caballeros y demas voluntarios que se han presentado ya para esta empresa, si amenazada la patria no tuviese necesidad bien pronto de mi brazo. Vos, Rustiguelo, á quien á falta de patria debe quedar aun el estímulo de defender vuestra religion, no podriais recurrir hoy mismo á cuantos compañeros han quedado bajo vuestras órdenes para ir á salvar una causa tan justa? Ademas del inmenso botin del campo de Soliman, que seria todo para vosotros, la cristiandad entera no dejaria de recompensar vuestro celo.

RUST. Os doy un millon de gracias, señor Marqués, por haberos acordado de mi para un objeto tan santo; pero como ya os he dicho anteriormente, yo me he retirado para siempre de semejantes negocios; ya no se domina en Italia con el acero, si no con el oro; la corrupcion ha sustituido al valor, y he aqui sin duda la razon por qué corre tanta moneda falsa; en semejante estado de cosas los aventureros nada valen, y por consiguiente yo he renunciado á volverlo á ser.

MAR. Pero en una ocasion semejante...

RUST. Menos en esta, que en cualquiera otra. Conozco á fondo el asunto de que se trata y os aseguro que no puede darse otro peor. Aun concediendo el que se pudiese atravesar la escuadra Otomana y penetrar en Rodas, las fuerzas que ha desplegado Soliman al rededor de aquella isla, son demasiado considerables para que los sitiados dejen de sucumbir... Lo que acabais de proponerme no es otra cosa que una muerte cierta é inevitable.

GEN. Pero en esa muerte hallariais la palma del martirio!...

RUST. Perdonadme, señores, pero por ahora no quiero salvarme tan á ciencia fija.

MAR. Y el honor de la victoria?

RUST. No hay ninguna probabilidad de obtenerla! Esta oferta solamente podria aceptarse en el caso de querer hacer un sacrificio generoso de la vida, y permitidme que os repita, que jamás he pensado de ese modo en mi comercio militar... Ademas, segun me habeis dicho, seria preciso marchar hoy mismo.

MAR. Si, si, hoy mismo.

RUST. Entonces es inútil hablar mas; vos olvidais que el conde, en razon á hallarse fuera sus dos sobrinos, me ha confiado la guarda del Castillo de san Mauro durante su destierro; por cierto que la posesion del tal castillo no me parece muy apetecible, y no entiendo en qué consiste el que haya causado unas guerras tan terribles. Un edificio viejo lleno de trampas y lazos, sin contar que todas sus murallas están amenazando ruina, y que para que no caigan sobre vuestras pobres cabezas, es preciso que no os acerqueis á ellas de dos leguas. Y como tarden mucho en componerlo...

MAR. No se tardará en reedificar ese edificio. Si el conde de Monzani recobra la salud, el Gran Duque le permitirá habitar en él, y si Dios llama á si al anciano caballero, el castillo asi como todos los demas bienes que están uni-

dos á él, irán al heredero que el conde nombráre.

RUST. Así lo espero. (Ahora lo único que falta saber es quien será ese heredero.)

### ESCENA VI.

*Los mismos, un Criado, luego VIRGINIA.*

CRÍADO. Un criado que lleva las armas de la casa de Monzani, pide ser introducido á vnestra presencia

GEN. Será Marco, seguramente.

JACO. (Marco!)

RUST. (¿Cómo ha venido este hombre antes que mi enviado?)

MAR. (después de haber hecho una seña al criado para que introduzca á Marco, vá á dar la mano á Virginia que entra.) Tu inquietud no me sorprende, Virginia... Ven... tu suerte vá á decidirse tal vez... Vamos á recibir noticias del conde.

VIRG. Ya habia yo visto venir á Marco. (Genaro)!... (á Genaro en voz baja.)

GEN. Virginia mia!

VIRG. (en voz baja como antes.) Se lo he pedido á Dios con mucho fervor!...

JACO. Aquí está Marco!

### ESCENA VII.

*Los mismos, MARCO.*

MARC. Ilustres señores!... Llego apresurado!... pero qué voy!... mi amo aquí!...

JACO. Habla!... habla!... ¿Y el conde de Monzani mi tío?...

MARCO. Ha muerto.

TODOS. Ha muerto!...

MARCO. Sin hacer testamento!

TODOS. Sin hacer testamento!

JACO. (Eso ya lo sabia yo!)

RUST. (Maldición!)

GEN. (Soy perdido!)

VIRG. (Dios mio! qué es lo que he escuchado!)

MAR. Todos sus derechos recaen entonces en el mayor de sus sobrinos... Virginia, ahí tienes á tu esposo.

VIRG. El!... Jacobo!

MAR. Has prometido obedecerme, cualquiera que pudiese ser la eleccion del Conde.

VIRG. Pero padre mio!...

MAR. Te atreves á vacilar aun?... ¿No sabias ya hace mucho tiempo que toda resistencia seria inútil?... No hay mas remedio que obedecer ciegamente, como yo lo hago, á los dos poderes que te ordenan esta union!... Tu soberano y el honor de tu familia!...

VIRG. Dios mio! Dios mio!

RUS. (No entiendo como Bertuzzi, que es tan diestro, ha podido salir mal de su empresa. Pero lo sabré todo!)

MAR. (á Rustiguelo.) Ahora que ya podeis entregar el castillo á su legitimo dueño, os es mas facil hacer la espedicion de que os he hablado; nada hay que pueda deteneros para efectuarla.

RUS. A pesar de todo, yo no saldré de aqui. (vase.)

MAR. Ya no me queda otro remedio que escribir á Viliers de Lile Adam diciéndole que su

antiguo amigo no ha podido encontrar quien quisiera tomar parte en la defensa de su noble causa.

GEN. Decidle á lo menos, que le enviáis un caballero; yo iré á Rodas.

MAR. Vos?

VIRG. Genaro!..

JACO. Famosa idea!

MAR. ¿Lo habeis reflexionado bien? Habeis pensado acaso en unos peligros...

VIRG. En unos peligros... que son inevitables!...

MAR. Yo podia esponer sin remordimientos la vida de un hombre que no tiene un pais ni una familia á quien haga falta... pero vos, tan jóven... vos, ante quien la patria abre una carrera gloriosa...

GEN. (La tumba es la única que debe abrirse para mi desde hoy!..)

JACO. Cómo! ¿Vos quereis arrostrar unos peligros tan inminentes?... Ah! por honoríficos que puedan ser...

GEN. No teneis que cansaros, señores, mi resolucion es irrevocable!..

JACO. (Ya lo creia yo asi.)

VIRG. (en voz baja á Genaro.) Irrevocable! ¿y si fuese yo la que os suplicase?..

GEN. (en voz baja.) Seria lo mismo! Sobre todo cuando veo que vais á ser de otro!

VIRG. (Ingrato.)

GEN. El sitio y la hora de la salida? (al Marqués.)

MAR. La hora, mañana al rayar el alba; el sitio, el pueblo de san Miniato á orillas del Tesin... Allí hallareis una embarcacion que de rio en rio, os llevará hasta la ribera de Venecia, en donde se encuentra ya un navio, próximo á darse á la vela; por consiguiente ya veis que es preciso marchar hoy mismo.

GEN. La casa á donde me he retirado cerca del sepulcro de mi padre, está á orillas del Tesin. En pocas horas se puede bajar en una barca hasta san Miniato.

UN HERALDO. (que sale del palacio.) Su Alteza el gran Duque de Milan manda que el señor Marqués de Salviati y su hija la señora Virginia, pasen inmediatamente al Palacio de su Alteza.

MAR. El gran Duque sabe ya seguramente la muerte del Conde de Monzani, y querrá dar sus órdenes para el casamiento de mi hija... Sigueme Virginia; (á Jacobo.) hasta luego Conde de Monzani... (á Genaro.) A Dios, señor Genaro! Reflexionad bien lo que vais á hacer; morir tan jóven!..

VIRG. Morir!.. Ah!

GEN. Lo he reflexionado muy bien, señor Marqués!

MAR. Puesto que vos lo quereis... A Dios! Teneis un corazon noble!.. Voy á poner en conocimiento de su Alteza vuestra valiente y generosa resolucion... Dios os la premie, y os proteja!..

JACO. A Dios, señor Marqués... A Dios, señora... Sigueme, Marco.

GEN. (á Marco en voz baja.) Vuelve aqui al momento. Tengo que hablarte.

VIRG. (al salir.) No marchará! (El Marqués y Virginia seguidos del Heraldo, salen por la puerta del palacio, Jacobo y Genaro se van por el lado opuesto.)

## ESCENA VIII.

JACOBO, solo.

En fin!.. no me habia equivocado cuando juzgué que haciendo el papel de un hombre que deja libre el campo, seria menos vijilado y tendria mas libertad de obrar. Marco me ha servido perfectamente... Fué un golpe maestro el comprar á ese criado de mi rival... El rumor que hice correr de que Genaro se habia pasado al servicio de los Medicis, me salió mal, pero no por eso he dejado de ser el heredero de mi tio; ahora nada tengo que temer.. Nada hay ya que pueda inquietarme... Vengan á mi todos los titulos y el castillo del Conde de Monzani, vengan á mi todos los derechos que van unidos á él... Mios van á ser además de esto los inmensos bienes del Marqués de Salviati!.. Mia tambien su hija!.. La fortuna no puede mostrárseme mas favorable.

## ESCENA IX.

MARCO y JACOBO.

Llega! llega! ven á que te dé las gracias que tienes tan merecidas!..

MARCO. He hecho mas de lo que os habia prometido: verdad es que me ha costado mucho trabajo... El buen viejo queria tanto al señor Genaro!.. Pero por fin, gracias al apoyo de una gitana que servia de médico al Conde, y á la que hice entrar en nuestros intereses, haciéndome amar de ella...

JACO. Amarte á ti?.. Vaya una cosa particular!.. (riendo.)

MARCO. Reid cuanto os acomode, ilustre señor... pero no por eso será menos cierto, que gracias á mi habilidad, ella me ha ayudado á persuadir á vuestro tio de que el trabajo de dictar un testamento podria ser muy peligroso á su salud; así es que á pesar de que se estaba muriendo, hizo caso de nuestras observaciones y no lo dictó!

JACO. Magnífico!

MARCO. Pero no concluyó aqui mi trabajo; de repente se ofreció un tropiezo que á poco trastorna completamente todos mis planes.

JACO. Qué es lo que dices?

MARCO. El Conde Monzani, habia enviado á buscar un religioso para ponerse bien con Dios... El que se presentó tenia una traza, que desde que le ví me hizo sospechar... No bebia si no agua, y al mismo tiempo ayunaba... Esto ya no me pareció natural en un fraile... Fuile observando cada vez mas, y despues de haberle escuchado escondido algunas conversaciones que tuvo con el Conde, me convenci de que el Reverendo Padre, en lugar de ser un ministro del altísimo, era un agente del capitán Rustiguelo.

JACO. De Rustiguelo! Ya lo sospechaba yo!

MARCO. El tal fraile fingido, recordando al anciano que habia prometido en otra ocasion á Rustiguelo que le dejaria á su muerte el castillo de San Mauro, y reclamando la ejecucion de la promesa, hizo de ella un caso de conciencia, y

le presentó su cumplimiento como una cosa indispensable para salvarse, de modo que el anciano escribió con mano ya trémula, una especie de codicilo que entregó al disfrazado bandido; por él cedia á Rustiguelo el castillo de San Mauro, escluyendo á su familia de esta parte de herencia... A los pocos minutos de esto espiró el Conde.

JACO. Maldicion!

MARCO. Pero yo estaba alli y tenia tambien mi cierto interés en ser habitante del castillo. Por consiguiente me embosqué á orillas del camino real con otros compañeros, y disfrazados esperamos al portador del codicilo, que era un tal Bertuzzi... hombre robusto y valiente, pero que no pudo defenderse de tantos, de modo que quedó alli por muerto, y yo recoji el documento; es el mismo que tengo el honor de poner en vuestras manos... Ahora haced de él un buen uso.

JACO. (le hace pedazos.) Desaparezca para siempre!.. Desde este dia soy dos veces heredero de mi tio.

BERTA. (desde afuera) Os digo que quiero hablar con la señora Virginia!

MARCO. Esta voz... es la de la gitana... Como ha llegado tan pronto!.. Qué tendrá que hacer aqui!.. Su venida me infunde sospecha! (entra Berta.)

## ESCENA X.

Los mismos, BERTA, que sale por la izquierda.

MARCO. Ven, mi amada Berta!.. Qué es capaz de impedirte la entrada en este Palacio, estando yo aqui?.. Yo que te amo tanto! La señora Virginia ha salido, pero entre tanto que vuelve...

BERTA. A dónde me llevais?

MARCO. Voy á presentaros..

BERTA. Qué es lo que veo?.. Las armas de la casa de Monzani brillan en vuestro pecho... ¿Marco está á vuestro lado? Seriais acaso...

MARCO. El ilustre señor Genaro de Monzani mi amo! (Me parece que la casualidad y yo os servimos á maravillas.)

JACO. Vos sois sin duda la gitana de quien me han contado que ha cuidado tanto á mi tio en sus últimos momentos?

BERTA. La misma, ilustre señor, y la que os trae una buena noticia.

JACO. (ensurecido.) Una buena noticia?... (reprimiéndose y manifestando alegría.) No tengais reparo, hablad! Creed que mi reconocimiento!..

BERTA. (bajo.) Quiero hablar á solas con vos. Ese hombre está interesado por vuestro primo Jacobo... os vende... con mucha torpeza por cierto... además de ser un bribon, es un solemne majadero... Sin embargo hacedle salir.

JACO. Hola! (le hace señas de que se vaya.)

MARCO. Que es lo que os ha dicho?

JACO. Nada... nada... me confirma en lo bien que has desempeñado tu comision.

MARCO. Ya me parecia á mi que no podia ser otra cosa. (vase.)

## ESCENA XI.

JACOBO y BERTA.

JACO. Ya estamos sin testigos, decid lo que queráis; sobre todo no tardeis en hacerlo.

BERTA. Tengo que deciros que vos sois el único heredero del Conde Monzani; por cuya razón vais á ser también el esposo de la que tanto os ama, de la señora Virginia de Salviati.

JACO. Cómo?

BERTA. Os sorprende lo que acabo de deciros! Ah! no sabéis que la señora me habia salvado la vida!... Habiéndome llamado para asistir al hombre de quien dependia vuestra suerte; ¿podia yo dejar de pagar aquella deuda de gratitud, haciendo feliz á mi bienhechora?

JACO. Os ruego que continúeis, quiero saberlo todo... todo!

BERTA. Vuestro escudero Marco, no cesaba de hablar al Conde en favor de vuestro primo; por fortuna ese necio se dedicó á galantearme y yo supe darle á entender que no me disgustaba... Desde aquel momento ya no me costó ningun trabajo el engañarle...

JACO. (Maldito ignorante!)

BERTA. Por fin recurri á todo el cariño que vuestro tío os profesaba con tanta razón... y desvaneci todas las calumnias que el traidor Marco trataba de hacer creer á vuestro tío; le hice presente que vuestro primo no ha aumentado aun la gloria de su nombre con hechos dignos de un caballero... que no se halla en él ninguna prenda..

JACO. Basta!... Basta!... evitadme el disgusto que debe causarme el oír hablar así de un pariente mio. Por fin, que hizo el Conde?

BERTA. Al cabo de unos días firmó un testamento por el cual os nombraba heredero de todos sus títulos y de todos sus bienes, incluso el Castillo de san Mauro.

JACO. De ese modo, Jacobo quedó enteramente excluido?

BERTA. Ni siquiera se hace mención en el testamento del nombre de vuestro primo.

JACO. Y ese testamento está firmado por mi tío?

BERTA. Yo fui la que guié su mano para firmar.

JACO. (Maldita aventura!.. si no me reprimiese..)

(alto.) Conclud... sin duda que ese testamento está en manos fieles... y la persona que es depositaria de él, será de una entera confianza...

BERTA. La depositaria, soy yo misma!...

JACO. Con que sois vos la que poseéis ese precioso tesoro?

BERTA. Y como podeis figuraros que hubiese ido á cometer la imprudencia de fiarlo á otras manos que las mías? Los tesoros son lo mismo que los secretos, con solo confiarlos ya pueden darse por perdidos.

JACO. Habeis obrado con mucha prudencia; ¿supongo que lo traereis?

BERTA. Aquí está!... Cuantos sobresaltos me ha costado en un camino tan largo; sobre todo cuando me he visto obligada á venir sola y á pié, porque todos mis hermanos se hallaban distantes cumpliendo con su deber!.. Por fin, ya he llegado á puerto de salvacion, y puedo entregarlo sin recelo.

JACO. Pronto, pronto, dadmele.

BERTA. (sucándolo del pecho.) Aquí lo teneis, (en el momento en que vá á entregárselo se oye la voz de Rustiguelo.)

## ESCENA XII.

Los mismos y RUSTIGUELO.

RUST. Señor Jacobo de Monzani, vos habeis hecho asesinar á mi enviado Bertuzzi, y me habeis robado un documento precioso... Sois un traidor, señor Jacobo!...

BERTA. Ved que os engañais... Estais hablando con el señor Genaro!...

RUST. Quién!... Ese es Jacobo! el heredero del Conde.

BERTA. Y yo iba á entregarle el testamento!... Siendo muger y gitana me he dejado engañar sin tener la mas leve sospecha de que me vendia? Pero me vengaré; corro en busca del verdadero Genaro.

JACO. No te daré yo tiempo para hacerlo... Que yo me llame Jacobo ó Genaro, no te me escaparás... Soy mas fuerte que tú. (se abalanza hacia ella y Rustiguelo le detiene cogiéndole por la mano.)

RUST. Cuando yo haya concluido, Monseñor!... Tened la bondad de oirme dos palabras. Rustiguelo detiene á Jacobo que hace vanos esfuerzos por desasirse de él, Berta se escapa por el fondo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Una habitacion sencillamente amueblada en casa de Genaro. Armas antiguas colgadas en la pared; sobre una mesa y á la izquierda, las armas de Genaro. Puerta al fondo y otra á la izquierda del actor.

## ESCENA PRIMERA

MARCO, solo.

MARCO. Ya tiene el señor Genaro limpias y corrientes sus armas, y puede cuando quiera marchar á combatir á los turcos; por mi parte renunció á acompañarle, no tengo como él la desesperación que engendran sus amores, y nadie ademas puede exigirme que corra en pos de una muerte segura por tres ducados miserables, que constituyen mi salario. Mejor cuenta me tiene el permanecer aquí para entrar ostensiblemente en casa de su primo, á quien hace tiempo sirvo sin que nadie sospeche. Así pues... pero siento ruido... Que veo! El señor Jacobo?

## ESCENA II.

Dicho y JACOBO.

JACO. Yo mismo. ¿Dónde está Genaro?

MARCO. En la capilla inmediata orando por su padre.

JACO. Crees que eso no haya sido un pretesto para volver á Milan?

MARCO. Estoy seguro, acabo de separarme de él.

JACO. He llegado á tiempo.

MARCO. Qué quereis decir? Esa turbacion...

JACO. Marco, te han engañado como á un niño.

MARCO. Eh?

JACO. Esa gitana se ha burlado de ti completamente, y en tanto que destruías la donacion hecha en favor de Rustiguelo, asegurabas sin saberlo los derechos de Genaro, consignados en un testamento que el Conde de Mouzani habia con anterioridad escrito.

MARCO. Qué estoy oyendo! ¿Pero como sabeis... ¿Quién os lo ha dicho?

JACO. Ella misma.

MARCO. Imposible.

JACO. Imbécil, dudas todavia? Yo lo he visto, esa muger me ha mostrado el testamento que arrancó su astucia á la debilidad de mi tio. Engañada por mi iba á entregármelo, y ya estaria en mi poder, si por un acaso fatal no hubiera aparecido Rustiguelo pronunciando mi nombre. Entonces Berta reconoció su error, y echó á huir llevándose aquel fatal escrito.

MARCO. ¿Pero no habeis podido apoderaros de ella?

JACO. Ah! Ese maldito aventurero me asió con sus manos de hierro, y me detuvo á mi pesar.

MARCO. Voto al diablo!

JACO. Y para colmo de males, Bertuzzi, su mensajero, á quien habiais dejado por muerto, fué socorrido por unos aldeanos y acaba de designarte como el autor de la emboscada.

MARCO. A mi!

JACO. En la lucha te habia reconocido á pesar de tu disfraz; y me ha costado un trabajo inmenso el persuadir á Rustiguelo que en ese asunto no habia nadie obrado por orden mia, y que el autor de la trama era Genaro. Con esto su cólera se ha vuelto contra mi primo, y me dejó prometiendo vengarse de él; pero ya entonces era demasiado tarde para salir en persecucion de la Gitana. Ocurriéndoseme que ella debe venir á esta casa á ver á Genaro, monté á caballo, y corriendo á todo galope, me he dirigido hácia aqui por sendas desconocidas para llegar una hora antes que Berta é impedir que se suspenda la partida de mi primo, si él sabe que existe ese testamento en su favor.

MARCO. Pero aun suponiendo que merced á nuestra astucia mi amo marche sin haber visto á Berta, dejará el testamento de ser por eso válido? El señor Genaro va á buscar á Rodas una gloriosa muerte, así lo creemos todos, pero no olvidéis que hay gentes á quien nada sale mal, y que el señor Genaro tambien puede volver triunfante á reclamar lo que le pertenece: por otra parte la gitana publicando á lo mejor el secreto, impediria vuestro enlace, y aqui no hay otro medio de salvaros que el apoderarse de esta muger, y arrojar al fuego el escrito que tanto nos inquieta.

JACO. Imposible. A estas horas esos papeles están sin duda en un lugar seguro... Todo se ha perdido, Marco, estoy arruinado y tú tambien.

MARCO. Yo! (sonriendo.)

JACO. Lo dudas? Al contar con esa herencia para cumplir con las inmensas deudas que sobre mi pesan, habia empezado por estender en tu fa-

vor este documento, (*mostrándoselo*), en el cual te aseguraba veinte mil ducados, pagaderos el mismo dia de mi boda.

MARCO. Veinte mil ducados!...

JACO. Si, miralo, pero ya no hay esperanza de que se realice mi deseo.

MARCO. Veinte mil ducados, eh? Qué diantre! Aun pudiera encontrarse un medio de destruir ese testamento.

JACO. Ninguno, amigo mio; me he convencido de ello. Además, no solo el testamento es el obstáculo para mi fortuna, sino...

MARCO. Qué?

JACO. Si no el heredero.

MARCO. El señor Genaro?

JACO. Si, porque en defecto suyo, mis derechos serian incontestables y los tuyos tambien.

MARCO. Es decir, mis veinte mil ducados!

JACO. Pero no hay que pensar en ello. Genaro es mucho mas joven que yo, debe sobrevivirme y... por consiguiente este papel es inutil. (*va á rasgarlo.*)

MARCO. Deteneos, Monseñor.

JACO. ¿Y de qué puede servirte? Esta suma no podria llegar á tus manos sino el dia de mi boda con Virginia Salviati!

MARCO. No importa. Rasgar una obligacion de veinte mil ducados es cosa muy grave, dádmela, Monseñor.

JACO. Cómo?

MARCO. Quién sabe! La casualidad... el destino..

JACO. No te comprendo.

MARCO. Si, el destino os ha de favorecer lo mismo que á mi, estoy seguro. Y si un accidente imprevisto quitara la vida al señor Genaro.. siempre era bueno...

JACO. ¿Un accidente imprevisto? Pero qué pretesto... (*acercándose á él y en voz baja.*)

MARCO. Ya veo que me entendéis.

JACO. Las buenas apariencias sobre todo podrian garantizarnos...

MARCO. Eso estaba discurriendo.

JACO. Habla pronto.

MARCO. Hace pocos instantes me ocupaba en reflexionar, que no me convenia seguir á mi amo. Figuraos que se ha empeñado en que hemos de embarcarnos en seguida para atravesar el Tesin, y como yo he de conducir la barca, esto contrariaba mis ideas: hay que pasar tan malos parages á fuerza de remo, y las noches son tan oscuras.

JACO. Sin embargo, tú conoces el Tesin tambien como este cuarto: no has sido pescador antes de entrar al servicio de mi primo?

MARCO. Sin duda, pero quién puede distinguir de noche todas las estacas que señalan los sitios peligrosos del rio? Hay uno sobre todo muy difícil de cruzar; la corriente arrastra alli en su violencia al esquife hácia una especie de golfo y si esto sucediera, ¿podria yo por ventura, aun siendo como soy buen nadador, llevar á mi amo hasta la orilla? Solo; estoy seguro de ganar la ribera y creo que vos me perdonareis si la crue obligacion de atender á mi seguridad personal, y de tomar esos veinte mil ducados, me obligase en semejante caso..

JACO. Oh! si, la seguridad personal es muy sagrada y por ti mismo creo evitarás un peligro

del cual dices no estarias muy seguro de escapar.

MARCO. Por eso nada arriesgais con darme ese documento.

JACO. De modo que si te empeñas... (*se lo dá.*) (Oh! ya sabia, yo que los veinte mil ducados le inspirarian!) Conque la corriente es tan rápida?

MARCO. Je! je! Ya sabeis que arrastra los esquifes...

JACO. Cuenta con ese dinero.

MARCO. Silencio: me parece haber oido la voz de mi amo. Que no os vea aqui, marchad.

JACO. Voy á esperarte en la ribera.

MARCO. Allá nos veremos. (*vase Jacobo por la puerta lateral.*)

### ESCENA III.

MARCO y GENARO que sale por el fondo y tira su capa en una silla de la derecha.

GEN. Marco?

MARCO. Todo está dispuesto para vuestra partida... Acabo de limpiar vuestras armas... mirad. (*mostrándolas con el dedo.*)

GEN. Bien. Ve ahora á buscar un pescador que quiera conducirnos al rio.

MARCO. Es inútil. Aun puedo disponer de mi antigua barca: la tiene mi hermano á dos pasos de aqui, y si gustais la traeré á la orilla y yo os llevaré en ella mejor que nadie.

GEN. Vé pues, y avisame cuanto antes por un medio cualquiera, es preciso no perder un solo momento.

MARCO. Mi trompa de caza os dará la señal.

GEN. No olvidéis que la aguardo impaciente.

MARCO. Desenidad. (Yo tambien lo estoy.) (*vase por la izquierda.*)

### ESCENA IV.

GENARO, *sentándose con abatimiento.*

GEN. Creí que la piadosa ceremonia que acabo de presenciar, apaciguaria el dolor y la horrosa fiebre que me devoran. En vano he ido á pedir paz y reposo á esa tumba donde yacen los restos de mi padre! La misma desesperacion me atormenta, las mismas lágrimas inundan mis ojos, los mismos recuerdos me persiguen constantemente. Virginia mia! He de perderte para siempre? (*se dirige á la mesa toma el puñal y su espada y se lo ciñe*) Ah! cuando pienso cuan breve distancia nos separa, y cuan pronto la inmensidad de los mares vá á interponerse entre nosotros eternamente, siento á pesar mio, que un impulso irresistible quiere arrastrarme á su presencia... Pero no, resistamos este deseo. Si la viera no tendria despues valor para arrastrar la ausencia y los peligros que me aguardan, ya he prometido por mi honor, llevarlos á cabo. Marchemos, y en vez de volver á Milan, apremuremos los preparativos de mi viage! Corramos á la ribera, y que la barca me lleve cuanto antes á mi destino. (*toma su capa y se dispone á salir.*)

### ESCENA V.

VIRGINIA y GENARO.

VIRG. Deteneos!

GEN. Virginia! Vos aqui?

VIRG. Si, yo... Genaro..... que no escuchando sino á mi amor, esponiéndome á las iras de un padre y al riesgo de perderme á los ojos del mundo, he venido á estorbar que corras á la muerte.

GEN. Perderos habeis dicho? Oh! Al menos que nadie... (*cierra la puerta del fondo.*)

VIRG. Genaro, si me amais, si algo valen mis lágrimas, quedaos, yo os lo suplico.

GEN. Por lo mismo que os amo, debo arrancar de mi memoria, con una muerte digna de mi nombre, la idea de que perteneceis á otro.

VIRG. Morir! morir! Siempre esa palabra fatal en vuestra boca! Oh! ¿tan poco os importa dejar en este mundo á una pobre muger encadenada á un esposo que solo puede odiar? Para qué, si á mi sola dejais el dolor y los sacrificios, quereis hacerme creer en vuestro amor?

GEN. Virginia, por piedad, no me acuseis de esa manera.

VIRG. No, no, yo no os acuso; ¿pero á qué vais á buscar en una isla remota una muerte desesperada? Si os conduce el deseo del peligro y la ambicion gloria, quedaos en vuestra patria, que tal vez muy pronto puede reclamar el apoyo de vuestro brazo. Genaro, que nuestra separacion sea eterna es preciso; lo quiero, lo suplico y lo exijo; pero sepa yo tambien al menos que bajo el mismo cielo que me cobija, hay un corazon que comprende mis sufrimientos y que los llora conmigo; que pueda yo, si la muerte os espera en Italia, arrodillarme al pié de vuestra tumba, y derramar en secreto lágrimas de amor sobre ella. Genaro, ya lo veis, esta muger que os acusaba hace poco, no tiene para vos ahora sino llanto y desesperacion; Genaro, por piedad; quedaos, si no quereis verme espirar á vuestros pies!

GEN. Tú! Virginia mia! Tú lloras! Tú morir por mi causa! Oh! Mi razon se trastorna! Dios mio! Qué debo hacer?

VIRG. Genaro! (*se oye un ruido de trompa.*) Ah!

GEN. Es la señal de mi partida: la ois, Virginia? Llegó la hora! Me aguardan! Faltar, seria aparecer cobarde! Dejadme partir.

VIRG. Genaro! por piedad!

GEN. Tenedla vos de mi, Virginia... Yo daria toda mi sangre, mi vida entera por enjugar esas lágrimas, pero no me exijais que falte á mi honor! A mi palabra! A Dios, á Dios, yo os adoro, pero es fuerza partir!

VIRG. Partir! (*llaman á la puerta.*)

RUS. Señor Genaro! (*dentro.*)

VIRG. Gran Dios!

GEN. Quién será!

RUS. Abrid, señor Genaro, soy yo, Rustiguero.

VIRG. y GEN. Rustiguero!

GEN. (Qué objeto puede conducirle aqui? (*alto.*)

En este momento me es imposible recibirlos.

RUS. En este momento me abrireis ó echaré la puerta abajo.

GEN. Miserable! (*se dirige à la puerta.*)

VIRG. Qué haceis? (*deteniéndole.*) Voy à ser descubierta!

GEN. Si, teneis razon, ¿dónde ocultaros? Ah! por esa puerta podreis salir al campo sin ser vista. Apresuraos.

VIRG. Solá? No saldré. (*Rustiguelo continua llamando.*)

GEN. Pero ese hombre está violentando la puerta.

VIRG. Bien, ya parto; adios. (*ap. yendose.*) No le perderé de vista. (*Virginia sale por la puerta lateral. Genaro vá à abrir.*)

## ESCENA VI.

RUSTIGUELO y GENARO.

Rus. (*trayendo en la mano dos espadas.*) Acabareis de abrirme, diantre! Tanto trabajo cuesta seguir veis entrar en vuestra casa como en la ciudadela de Milan. (*con risa irónica.*)

GEN. Señor Rustiguelo, ese aire insolente...

Rus. Comprendo; pero vamos al grano. Cual escogéis de las dos? (*mostrándole las espadas.*)

GEN. Cómo! elegir una espada?

Rus. Cabalmente, aquí la teneis. No he querido traer la mia de soldado, que siempre han pagado en Italia à peso de oro, y que como es sabido, tiene alguna mas gravedad, porque me he propuesto que las armas sean iguales... Asi pues escogi dos à propósito para vuestras manos, dos verdaderas agujas, dos espadas de formacion que podreis manejar fácilmente, para que de este modo yo me entienda con vos, sin que me acuse la conciencia.

GEN. Debo advertiros, señor Rustiguelo, que si estais pronto à darme una satisfaccion cumplida por la estraña conducta que acabais de observar en mi casa, creo à la par vuestra que merece un castigo; pero aun suponiendo que yo consintiese en ponerme frente à frente de un hombre de vuestra clase en otro sitio que no fuera el campo de batalla donde no se eligen adversarios, tened entendido que mi deber me ordena afortunadamente para vos, partir al encuentro de otros mayores enemigos... mas dignos de mi brazo.

Rus. Ignoro quiénes sean, y no me tomaré el trabajo de averiguarlo; pero dignos ó no de vuestra persona, yo os respondo de que no han de ganarme la vez... porque he llegado primero, porque es mi voluntad y esto basta.

GEN. Pero qué motivo os obliga à explicaros de ese modo?

Rus. Qué motivo? Voto al diablo que no tengo maldita la gana de chancearme y que vuestra frialdad me va amostazando.

GEN. Ya os he dicho que ignoro el motivo de esta singular escena, y de esa provocacion mas singular todavia.

Rus. ¿Sabeis que no pensé encontraros tan olvidadizo? Veamos; ¿recordareis que hace algunos dias envié à mi amigo Bertuzzi al lado de vuestro difunto tio, para que de él obtuviera el cumplimiento de una promesa que me hizo en otro tiempo?

GEN. Proseguid.

Rus. Pues bien. El Conde la cumplió como yo esperaba, y por medio de un papel firmado de su puño, me legó el Castillo de S. Mauro, del cual aun soy alcaide: pero... pero al volver Bertuzzi à Milan, fué sorprendido en una emboscada y asesinado vilmente, arrebatándole por supuesto la donacion escrita que traia.

GEN. Y qué?

Rus. Cómo y qué? Me gusta esa frescura! ¿No adivinais que un solo hombre en este mundo puede haber tenido interès en ese asesinato, y que ese hombre no es otro que el heredero actual del conde de Monzani?

GEN. Mi primo Jacobo! Un caballero...! Imposible.

Rus. Pienso absolutamente como vos, y esto es tan cierto, que estoy muy lejos de acusarle. Al principio confieso que sospeché de él y fui por consiguiente à hacerle igual proposicion que la que os hice ha dos minutos, pero vuestro primo me ha probado que erais vos el solo heredero del Conde, y ya que os toca la sucesion, os deben tocar tambien sus contingencias.

GEN. Qué escucho! Yo! ¿Yo el heredero de mi tio?

Rus. Si, haceos de nuevas, pero no penseis engañarme. Harto os consta que Berta, la Gitana, enviada al lado del Conde, so pretesto de curarle, ha abusado de un momento de debilidad en el anciano, para obligarle à firmar un testamento en vuestro favor.

GEN. Qué decís? Oh! Repetidmelo, aseguradme que todo eso es la verdad! Con que yo soy el heredero del Conde?... Pero, ¿la gitana os ha enseñado ese testamento? Estais bien seguro de que era para mi? Estais seguro?

Rus. (*mostrándole las espadas.*) Esta es la prueba de que no me he engañado.

GEN. Con que entouces van à realizarse todos mis sueños de felicidad! Si, si, mi deber me impone la obligacion de permanecer en Milan para unir dos nobles familias, para cumplir los deseos de mi soberano! Ah! Virginia, Virginia! Ya puedo enjugar tus lágrimas, vas à ser mi esposa! La felicidad y el porvenir son nuestros.

Rus. ¿Y para mi no pensais que haya nada? Creéis por ventura reducirme en estas circunstancias al mezquino papel de espectador confidente de vuestra dicha! Voto à brios! La herencia será vuestra, lo sé; pero mia la veuganza. Pronto, ahora mismo! ¿Tan poco pensais que ha de costaros esa felicidad? En guardia, señor Genaro, y si conoceis la fuerza de mi brazo, encomendaos à Dios, porque ya podéis calcular que no os ha de durar mucho el legado de vuestro tio.

GEN. Rustiguelo, la cólera que mostrais contra el autor de esa emboscada, es justa, pero yo no he tenido parte alguna en semejante suceso.

Rus. Cómo que no? ¿Osais decirmelo en mis batallas? ¿Osais asegurarlo, cuando Bertuzzi reconoció entre sus encubiertos asesinos à Marco, vuestro escudero?

GEN. A Marco? Es una infamia. Ese hombre no obró por orden mia.

Rus. Me gusta la salida!.. Vamos, lo que esto significa, señor Genaro, es que no teneis ganas de batiros.

GEN. Capitan!

RUS. Si, nada tiene de extraño. Hay dias en que uno está de otro humor... Yo mismo, hoy justamente, me he levantado tan pacifico que... en fin, si pudiésemos llegar á entendernos de alguna manera...

GEN. Qué quereis decir?

RUS. Mirad, señor Genaro, lo único que de esa herencia os envidio, lo único que ambiciono es el castillo de S. Mauro, cedédmelo y quedaremos amigos para siempre.

GEN. Ceder el castillo al cual está ligada mi boda con Virginia! Nunca! Primero la muerte.

RUS. Eso último es lo que iba yo á tener el honor de proponeros. Por fin, vos pusimos de acuerdo en algo, y pues vos lo quereis... Señor Genaro, ni un momento mas, seguidme, ó diré públicamente, si vacilais, que os he retado y que habeis tenido miedo.

GEN. Sella el labio, miserable! Marchemos. (*furioso tomando una de las espadas.*)

### ESCENA VII.

*Dichos, VIRGINIA, interponiéndose entre ellos.*

VIR. Genaro, por piedad!

GEN. Virginia, vos aqui todavia?

RUS. La señora Virginia! Magnifico! Todo lo comprendo.

VIR. Vos no os batireis con ese hombre, Genaro, sospechando de su persona, he permanecido oculta, lo he oido todo! Ah! Vos sois mi esposo, mi único protector y no me abandonareis.

GEN. Virginia!

RUS. (*con tronta.*) Señor Genaro, cuando hayais acabado de arreglar vuestros asuntos de familia...

GEN. (*á Virginia.*) Lo estais oyendo?

VIR. (*á Rustiguelo.*) Oh! Es demasiado noble y caballero para merecer vuestras sospechas. Bien sabeis...

RUS. Lo que yo acabo de saber es, que cuando los aventureros, los villanos van á retar á los nobles, estos tienen siempre un criado en quien descargar la responsabilidad de sus crímenes, ó bien alguna señorita apasionada que llega muy á propósito para mediar entre ellos y sus adversarios. (*con tono severo.*) Lo que yo acabo de saber, en fin, es que despues de haberse cubierto á la sombra de un escudero, el señor Genaro se escuda vergonzosamente detras de una querida.

GEN. Infame! Harto tiempo has abusado de mi paciencia... Te he sufrido hasta aqui... pero cuando te atreves á ultrajar á la que amo, ya no me detiene el que seas noble, ó villano, bandido ó caballero... Ya no quiero saber mas que una cosa; y es, el que tengas ó no bastante sangre en tus venas para pagar el ultrage hecho á Virginia... Ven, ven miserable... (*A pesar de los esfuerzos de Virginia, salen los dos por la puerta lateral; Virginia quiere seguirlos pero han cerrado.*)

VIR. Genaro! Genaro! Dios mio! Han cerrado tras si. Ah! Esa puerta! (*la del fondo.*) Ya escucho el violento (*se oye ruido de espadas.*) choque de sus armas! Deteneos! Oh! Corramos... Me faltan las fuerzas.. Vacilo á pesar mio! Deteneos!

(*cae de rodillas.*) Deteneos. (*la puerta se abre y sale Berta.*)

BER. (*la ayuda á levantarse y la coloca en un sillón.*) Qué veo! Vos aqui! Y de esta suerte, que misterio... Tranquilizaos, señorita... decidme..

VIR. Berta, no oyes? No oyes el ruido de un combate? Si, van á asesinarle, y yo no puedo evitarlo.

BER. Asesinar... á quién?

VIR. A Genaro!

BER. A Genaro, decis? Cielos! (*se lanza por la puerta del fondo.*)

VIR. Ya no oigo nada! Sin duda está herido, muerto quizá! Pero alguien viene! Oh! Si fuese él?

### ESCENA IX.

JACOBO, VIRGINIA.

JAC. Señora. (*saliendo.*)

VIR. Jacobo!

JAC. Os sorprende mi venida?

VIR. Y Genaro? Dónde está, le habeis visto?

JAC. Acabo de dejarle gravemente herido, pero confio en que se salvará! En este momento ha caido desmayado.

VIR. Desmayado!

JAC. Y antes de perder su razon, me confió que os hallabais aqui, y me encargó encarecidamente os condujera con gran secreto á vuestra casa, porque si llegase alguno á descubrirlos...

VIR. Y qué me importa? Yo quiero verle, venid, llevadme á donde está. Venid...

JAC. Señorita...

VIR. Os negais! Pues bien, yo sola... Yo. Cielos! Mi padre! (*el marqués seguido de algunos escuderos, aparece en el fondo.*)

### ESCENA X.

*Dichos, el MARQUES y su comitiva.*

MAR. Sí, yo mismo, que he seguido vuestros pasos.

JAC. Reportaos, señor Marques: yo soy quien ha conducido á este sitio á mi futura esposa, para despedirnos de mi primo, que iba á partir dentro de pocos instantes para Rodas... Pero un acontecimiento imprevisto... Genaro acaba de ser herido gravemente.

MAR. Cómo!

VIR. Oh, padre mio! Que no se omita medio alguno para salvarlo.

JAC. Ya quedan al efecto ejecutando mis órdenes, y como el movimiento de una litera podría agravar su estado, Marco va á llevarle en su esquife hasta Milan. Tal vez esten ya en marcha, y dentro de pocos instantes le prodigarán todo género de socorros.

### ESCENA XI.

*Dichos y BERTA.*

BER. Serán inútiles, Monseñor.

JAC. Y VIR. Berta!

BER. Marco ha intentado en vano cumplir vues-

tras órdenes. El Sr. Genaro estaba exánime y sin vida.

VIR. Acaba!

BER. Ya no existe!

TODOS. Muerto!

VIR. Ah! (*desmayándose en brazos de su padre.*)

BER. Rogad á Dios por él.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

### PRIMER CUADRO.

La cabaña de Berta, abierta por el fondo y dando vista á un pais agreste. A la derecha, un gran fogon en el mismo lado y mas allá una puerta. A la izquierda la entrada del laboratorio de la gitana, cubierto con una gran cortina de lona medio echada. Algunos utensilios químicos que indican la profesion de Berta.

#### ESCENA PRIMERA.

GENARO *sentado junto al hogar y puestos sus piés sobre un taburete. Berta á su lado eficazmente cuidada.*

BERTA. Silencio... me ha parecido oír...

GEN. Qué puedes temer ahora?

BERTA. No sé. Pero estamos solos en esta cabaña y Rustiguelo ha venido dos veces á ella preguntándome por aquellos papeles que le arrancaron á Bertuzzi, y que aun tiene esperanzas de recobrar. Yo me he valido de cuantos medios son posibles para convencerle que solo vuestro primo era culpable, pero el misterio que en mí observa desde vuestro fatal encuentro, sin duda le ha inspirado algunas sospechas, y es preciso observar la mayor vigilancia para burlar, no solo sus investigaciones, sino las de todo el mundo, porque si el señor Jacobo supiera...

GEN. Jacobo! Y yo le amaba como un hermano... Engañarme, atentar contra mi vida uniéndose á ese infiel escudero Marco, á quien tambien juzgué leal... Oh! si no fueras tú quien me lo hubiera revelado...

BERTA. Yo misma he sorprendido su secreto, yo misma los he oido conspirar contra vos.

GEN. Por qué no los denunciastes entonces?

BERTA. Porque entretanto lo hubiera hecho, vos os habriais embarcado, y vuestra perdicion era segura. Asi pues, no encontré otro medio de salvaros de todos los peligros, que asegurar vuestra muerte, logrando deslumbrar á vuestros contrarios.

GEN. Pero esos funerales celebrados hace pocos dias...

BERTA. Ya sabeis que mis hermanos de tribu tienen ellos solos el funesto privilegio de enterrar los cadáveres: pues bien, les inicié en mi secreto, y han hecho cuanto les he mandado.

GEN. (*levantándose.*) Pero Virginia llora mi muerte; cada instante que pasa aumentará su amargura! Oh! Yo quiero partir al instante á

reunirme á ella...

BERTA. Calmaos. Monseñor, sed prudente y confiad en mí. (*Genaro se apoya en su brazo.*) En los primeros dias no me fué posible separarme de vuestro lecho un solo instante, porque nunca me abandonó la esperanza de salvaro la vida; pero despues, cuando estaba seguro de vuestro estado, envié á Milan á uno de mis hermanos con un billete dirigido á Virginia invitándola á venir sola y con gran reserva á mi cabaña, y hoy mismo...

GEN. Con qué voy á verla? Ah! Berta, cómo recompensar tantos beneficios!

BERTA. Acordaos que hace diez y ocho años salvásteis del suplicio á mi pobre padre, y no extrañareis que quiera yo pagaros tan noble accion. Ahora solo os pido que me permitais guardar como una memoria de mi amistad, este pedazo de medalla, que mejor que yo os ha librado la vida.

GEN. Cómo! qué quereis decir?

BERTA. Que este objeto que ha tocado el santo sepulcro, y que os regaló la señora Virginia pendia de vuestro pecho en el momento de combate. La espada de Rustiguelo la partió en uno de sus rudos golpes, y esta circunstancia os valió el no caer en aquel momento bajo el arma fatal, que no pudo penetrar en vuestro corazon.

GEN. (*entreabriendo su traje*) Con efecto, solo me ha quedado la mitad de esta medalla. Pero, Berta, ¿ya que rehusas el digno premio de tantos servicios, te quedarás al menos nuestro lado?

BERTA. Es imposible. Yo no debo abandonar mi tribu, mis hermanos. Entre ellos y en medio de nuestras pobres chozas, soy tan feliz como en el más opulento palacio. Hace poco tiempo que el gran duque á quien mis remedios libraron del sepulcro, quiso tambien que permaneciese en su compañía, pero solo acepté en cambio de mi celo una autorizacio firmada de su puño, en la que me facultaba para salvar del suplicio ó del tormento á dos infelices que yo señale, ya que estas son crueles dolencias, que mi mano no alcanza á remediar.

GEN. Siempre tan buena y tan generosa... pero Virginia me digiste que iba á venir.

BERTA. Silencio! Ahora no me engaño.

GEN. Es ella quizás!.. (*mirando á el fondo.*) No es un caballero del cual no puedo distinguir las facciones... se para. Cuatro hombres se acercan á él... Les habla. Qué miro! Es Marco!

BERTA. No me engañé!.. Entrad en vuestro cuarto, ocultaos!

GEN. Pero..

BERTA. Ya se acercan! Oh! Entrad y juradme no aparecer hasta que yo os llame, en ello vale tal vez vuestra existencia y la felicidad de los que amais. Pronto, pronto!

GEN. Bien, pero prométeme...

BERTA. Cerraré! y asi estaré mas tranquila. (*hace.*) Qué vendrá á buscar Marco? Oh! por gamos buen semblante, y si en efecto está enamorado de mí, nada hay que temer por ahora. (*quita de enmedio el sillón y el taburete*)

## ESCENA II.

BERTA, MARCO.

BERTA. Calle! Sois vos, señor Marco? A fé mia que ya era tiempo.

MARCO. Qué?

BERTA. Que cuando se está enamorado, como vos me habeis dicho estarlo de mi...

MARCO. No es el amor el que hoy me trae á tu cabaña. (secamente.)

BERTA. Qué amabilidad!

MARCO. El señor Jacobo me ha confiado cuanto le has dicho...

BERTA. Oh!

MARCO. Y por él sé la existencia de ese testamento que has arrancado en favor de su primo.

BERTA. Os admirais de ello? ¿no fuisteis vos mismo enviado por el señor Genaro para conseguirlo de su tio? Si yo hubiera sabido que obrabais de diverso modo...

MARCO. Bien claro lo veias.

BERTA. Si; yo veía que os gustaba el dinero tanto ó mas que á mi, lo cual no es extraño; estando vos en esfera mas alta, creia que una dote me daría nuevo encanto á vuestros ojos, y como el señor Genaro y su amante me habian prometido diez mil ducados si conseguia su deseo...

MARCO. ¿Y cuántos te prometió el dia que le salvastes la vida?

BERTA. (Cielos!) Deciais que...

MARCO. Digo que el señor Genaro, á quien tus hermanos se encargaron de enterrar, no ha sido puesto en el sepulcro.

BERTA. (Lo sabe todo.)

MARCO. Digo, que el señor Genaro no ha muerto, y que tú has hecho creerle contrario con el objeto de salvarle.

BERTA. Salvarle? De qué? Le amenaza acaso algun peligro?

MARCO. No quieres contestar á mis preguntas?

BERTA. Si vos no contentais á las mias?

MARCO. Acabemos. Yo traigo conmigo cuatro hombres que valen por todos los gitanos de la tierra y que no esperan mas que una orden mia. Elige entre la fuerza ó el oro. Dónde está el señor Genaro? Ya ves que todo lo sé! Uno de tus hermanos me lo ha dicho.

BERTA. (Ayer faltó Juliani á la junta de la tribu! Oh! él ha sido sin duda!) (alto.) Uno de mis hermanos, señor Marco? (con coqueteria.)

MARCO. Si.

BERTA. Y ese hermano se llama Juliani?

MARCO. Cómo has adivinado?

BERTA. (riendo á carcajadas.) Ja! ja! ja! Y vos cómo lo habeis creido!

MARCO. Calle! te burlas?

BERTA. Claro está! (siempre riendo.)

MARCO. Qué significa...

BERTA. Vamos, es lástima que no me ameis, señor Marco, porque habriais sido el marido mas á propósito...

MARCO. Acabarás de explicarte?

BERTA. No hay cosa mas sencilla! Juliani pretendia mi mano.

MARCO. Y qué?

BERTA. Yo le dejé por vos, juró vengarse de mi,

y segun veo os ha compuesto una novela que habeis creido como un niño! Valgame Dios! (riendo.)

MARCO. Eh? Seria posible?...

BERTA. Pues! Yo he resucitado al señor Genaro, merced á un talisman... no es eso?

MARCO. Es que no habia muerto, y que habian puesto en su sepulcro el cadáver de un gitano...

BERTA. Justamente. Un gitano que se habia echo matar para el efecto! Qué os parece?

MARCO. (Será verdad!)

BERTA. (Bien, ya duda!)

MARCO. (Si me hubieran engañado, apareceria como un imbécil y perderia toda la confianza del señor Jacobo; no encuentro mas que un medio.) Berta, vas á seguirme al castillo de San Mauro, y á justificarte tú misma ante el señor Jacobo; esto es lo mejor; y si es cierto me engañaron, quedará él al menos satisfecho.

BERTA. Seguiros al castillo?.. Estoy tan cansada...

MARCO. Mi caballo que está atado al pie de la ventana de tu cuarto, te conducirá allá; en el tambien he dejado mi capa y podrás guarecerte del frio. Vamos, yo te volveré á acompañar hasta aqui.

BERTA. (No hay otro medio de alejarlo! Enhorabuena; siempre ha de ser lo que vos querais; vuestra elocuencia y esos cuatro hombres que os acompañan...

MARCO. En marcha. (van á salir y se oye un ruido leve.) Alguien se acerca... Calle! una muger! (Virginia atraviesa la escena por el fondo.)

BERTA. Una muger?

MARCO. Es ella!.. la señora Virginia!

BERTA. (Virginia oh!) (alto.) Imposible!

MARCO. No, no, la he reconocido!

BERTA. (Llegar en este momento!)

MARCO. ¿Qué viene á hacer aqui?

BERTA. Cómo quereis que yo lo sepa?

MARCO. Ah! maldita gitana! Me estabas engañando...

BERTA. Os juro...

MARCO. Me engañas, repito, pero será por última vez!

BERTA. Escuchadme!

MARCO. No, ya no pregunto nada, no necesito saber mas. Genaro existe, está cerca de aqui; tal vez aqui mismo!

BERTA. Podéis creer...?

MARCO. Silencio! Yo voy á ocultarme en ese cuarto; desde alli lo oiré todo, todo lo sabré, y si dices la menor palabra, si haces el mas leve gesto que indique mi presencia en este sitio, ó pueda estorbar la boda del señor Jacobo, tú y Genaro morireis sin compasion alguna. Ya vuelve. Piensa que no te pierdo de vista, y que mis cuatro hombres están cerca esperando mi señal. (Entra en el laboratorio y echa la cortina Virginia; llega por el fondo.)

## ESCENA III.

VIRGINIA, BERTA, despues LEONOR.

VIRG. Berta, heme aqui pues; por fin he llegado!

BERTA. Vos en este sitio, señora?

VIRG. Si, he podido venir sin ser vista, como me encargaste... Con el pretexto de tomar algun

descanso , he conseguido de mi padre que nos detuviésemos en el camino que conduce al castillo, dejando á Leonor encargada de avisarme cuando debamos continuar nuestra marcha. Pero habla por Dios , Berta , qué me quieres ? Sácame de esta horrible ansiedad.

BERTA. Señora...

VIRG. Habla , repito, porque ese billete que he recibido de tu parte... lo he leído tantas veces ! Ha despertado en mi tantas esperanzas!

BERTA. Mi... mi billete decis?... Os engais , mi billete no podia hacerlos creer...

VIRG. Sin embargo , aquellas lineas misteriosas trazadas por tu mano... Tú me decias que iban á cesar mis sufrimientos en cuanto tú me revelases...

BERTA. Oh ! yo no he escrito eso ; yo no he podido escribirlo... porque vuestra desgracia es cierta , porque , como sabeis , el señor Genaro no existe.

VIRG. Calla... Calla ! No destruyas asi una ilusion que me habia alagado noche y dia ! Si , despues de recibir tu carta , habia creído en tu ciencia , habia creído en que como á otros muchos le hubieras salvado la vida.

BERTA. Yo !

VIRG. Pero ese billete , ¿ qué queria decirme ? Oh ! Estás conmovida , turbada.

BERTA. Os engañais ! Es que os aseguro que os habeis equivocado !

VIRG. ¿ Entonces para qué me has hecho venir á este sitio ? Qué sorpresa , que consuelo era el que me anunciabas ?

BERTA. Esa sorpresa... (Y Marco que nos está escuchando ! ) Era... esta mitad de una medalla que el señor Genaro me encargó al morir os entregase como el último recuerdo de su cariño ! ( *se la da.* )

VIRG. Esta medalla... Si , la reconozco ! Ah ! Gracias , Berta ; tú has adivinado mis sentimientos ! Este objeto me servirá de alivio en mis dolores , siempre me acompañará por do quiera. Tenias razon. Es un consuelo el que me ofreces.

BERTA. Tranquilizaos , señora.

VIRG. Si , debo ahogar mis suspiros , comprimir mis lágrimas... pero hoy aun puedo llorar libremente , aun puedo decir que le adoraba , porque hasta mañana...

BERTA. Proseguid...

VIRG. Berta , mañana seré la esposa de Jacobo. ( *se sienta con abandono.* )

BERTA. Vos esposa de ese hombre ? Imposible ! ( *sin poder reprimirse.* ) Señora , retardad esa union.

VIRG. Y puedo por ventura ? El término es irrevocable ; en vano he suplicado , he implorado de rodillas ! Mi padre me lo ordena y mañana...

BERTA. Creedme , señora , es preciso , es necesario que esa boda se retarde.

VIRG. Cómo !... Habla !... En nombre del cielo... Explicate. ¿ Qué me quieren decir esas palabras ?

BERTA. (Pues bien , nada...) (Marco entreabre la cortina Berta se detiene.) No puedo deciros , no os lo diré.

VIRG. Por qué ? Qué misterio... Oh ! yo quiero saberlo.

LEON. (apresurada ) Señora , vuestro padre pre-

gunta por vos ! Os espera.

VIRG. Mi padre !

LEON. He hecho creer que iba á buscaros á vuestro cuarto , y vengo... no perdamos un instante.

BERTA. Si , si , partid señora : si llegasen á descubrirnos...

VIRG. Pero yo necesito saber...

BERTA. Mas tarde... esta noche... yo iré á buscaros.

VIRG. Me lo prometes !

BERTA. Si ; pero marchad , no os detengais. ( *la obliga á marcharse con Leonor. Marco sale , Genaro forzando la puerta del fondo la rompe si bien no puede salir por ella. Se oye el ruido de la puerta y á Genaro que grita.* )

GEN. Virginia !

BERTA. Desgraciado ! ( *sin ver á Marco se lanza hácia la puerta y le habla á Genaro con voz apagada desde afuera.* ) Callad , ó sois perdido !

MARCO. No me engaño.

BERTA. Ah ! ( *volviéndose.* )

MARCO. Quién es ese hombre ?

BERTA. No lo sabreis.

MARCO. Pero lo veré al punto.

BERTA. Escuchadme !

MARCO. Eh ! Basta de palabras. Ya nada creo ! E hombre que está ahí dentro es Genaro... Pronto , abre esa puerta !

BERTA. No ; no la abriré ! ( *sacándole la daga de su cintura á Marco.* )

MARCO. Berta !

BERTA. Y ahora te prohibo que des un solo paso !

MARCO. Qué haces , infeliz ?

BERTA. Oh ! entre nosotros no es desigual la lucha. Yo soy una muger , es cierto , pero tú en cambio no eres sino un cobarde asesino. Atrás !

MARCO. Bien ; ahora me toca á mi reirme ; Ha olvidado mis cuatro lebreles ? ( *asomándose al campo.* ) Aquí... Ola !

BERTA. Cielos ! Todo se ha perdido ! Qué haré ( *los cuatro hombres aparecen.* )

MARCO. Atad á esa muger ; rompéd esa puerta y apoderaos del hombre que está ahí dentro ( *van á hacerlo.* )

BERTA. Deteneos , deteneos. ( *á Marco.* ) Si , es el señor Genaro... pero tened compasion , sed generoso con él.

MARCO. Cumplid lo que he mandado.

BERTA. Oh ! vos no rechazareis mis súplicas ! E el legitimo heredero de Monzani ; os hará ricos á todos ! Perdonadle !

MARCO. Qué haceis ? Imbéciles ! Rompamos esa puerta y muera á nuestras manos ! ( *Dá un violento empujón á Berta y todos se dirigen á la puerta : al dar en ella el primer golpe se abre aparece Rustiguelo en el umbral con la espada en la mano.* )

RUS. Atrás ! miserables ! ( *saliendo.* )

TODOS. Rustiguelo ! !

RUS. Si , Rustiguelo , que ha visto cercada la casa , que ha sospechado nuevos lazos , que lo ha descubierto todo. Rustiguelo que ha dado á Genaro la reparacion que de justicia le debia , haciendo que se escape de sus asesinos. ( *á Marco.* ) Entra por él si quiere : ( *con ironia.* )

MARCO. Se ha escapado ! Y cómo ?

RUS. En tu caballo.

MARCO. Qué oigo!  
 Rus. Le dejaste al pié de la ventana, me ha servido de escala y á Genaro tambien. Anda, dale alcance, bellaco!  
 MARCO. Oh! rabia!  
 Rus. Ven, estás libre! (á Berta.)  
 MARCO. Muera! (los hombres ván á lanzarse contra Rustiguelo.)  
 Rus. Paso! Canallas! Paso! (Haciendo el molinete con la espada y llevándose de la otra mano á Berta.)

## FIN DEL PRIMER CUADRO.



## CUADRO SEGUNDO.

Un salon gótico medio arruinado en el castillo de San Jauro. Grandes puertas al fondo: dos puertas laterales. La de la izquierda conduce á una torrecilla.

## ESCENA PRIMERA.

BRENO, TADEO con un mosquete en la mano. BRENO saliendo por la primera puerta de la izquierda.

RE. Tadeo, Tadeo! Este maldito portero me deja solo en este salon, donde puedo tan fácilmente ser sorprendido... Ah! Por fin le veo. Creí que no volvías.

AD. (saliendo por la derecha.) Quién, yo? Me gusta! Acaso desde que el conde de Monzani fué desterrado, habeis tenido ocasion de dudar de mi?

RE. No, siempre nos has servido con fidelidad, merced á lo bien que te lo pagamos en defecto de tu señor que nada te da. Pero como ahora tiene un nuevo dueño el castillo, nos creemos con derecho para dudar de ti á pesar del dinero que nos cuestas.

D. Siempre con las mismas sospechas!

E. Asi pues, por si acaso he venido armado con este mosquete y... Pero dime, es cierto que el señor Jacobo se viene á habitar este castillo?

D. Tan cierto que ha llegado esta misma noche por la poterna del Norte. Pero no ha hecho mas que atravesar por estas salas, y se ha aposentado en la otra parte del edificio que es la única habitable.

E. Con que está ya aqui! En ese caso, es fuerza guardar el mas profundo silencio... Empezando por no hacer uso para nada de esta arma; (la pone detras de un sillón del fondo.) Cualquiera ruido podria descubrirnos y... vamos, ¿has hecho mis encargos? ..

D. Si, he ido á la encina en cuyo tronco habia el hueco de que me hablasteis, y he encontrado en él este paquete.

E. Dámelo. (se le da.)

D. He tenido tentaciones de abrirlo, pero como me habiais dado seis ducados por la discrecion... Os confieso que sin pecar de curioso daia algo por saber lo que ese paquete contiene.

E. Un secreto para fingir el oro mas pronto y mejor que el que usan mis compañeros... Pero la fatalidad que me persigue hace que ten-

gamos que abandonar este castillo, donde solo podia llevar á cabo mi nuevo método.

TAD. Pero no hay medio de prolongar aqui vuestra permanencia?

BRE. A no ser por un milagro... y ya ves que no estamos muy bien con el cielo para que suceda.

TAD. Lo siento. Los gajes y los regalos que me haceis tienen tanto atractivo...

BRE. Rustiguelo se habia empeñado en matar al señor Jacobo, á quien profesa una ira y un odio implacable... pero de que nos serviria esto?... Despues de su muerte, el castillo seria del estado y la misma cuenta nos resultaba. Asi es que todos se lo quitamos de la cabeza y... qué escuchas con tanta atencion?

TAD. No me engaño!

BRE. De qué?

TAD. La voz del señor Jacobo!

BRE. De veras?

TAD. Si, está en la sala inmediata... va á venir.

BRE. Oh! que no me vea! Adios, yo escapo. (vase precipitadamente.)

TAD. Y yo voy á desempeñar mi papel. Es fuerza que delante del señor Jacobo sea un hombre de bien... hasta nueva orden.

## ESCENA II.

TADEO, JACOBO y criados.

JAC. Bien. Por muy ruinosas que estén las habitaciones que acabo de visitar... me quedo en este lado hasta mañana. Salid. (los criados se van.)

TAD. Cómo, señor, os vais á alojar.

JAC. Es preciso. Apenas hay en todo el resto del Castillo aposentos para el Marqués y su hija, que han de llegar dentro de breves instantes.. Has tomado ya tus medidas para que al amanecer empiezen los trabajos que he dispuesto á fin de reparar el castillo?

TAD. Si señor.

JAC. Continuemos nuestra visita. (abre la puerta segunda de la izquierda.)

TAD. Qué haceis, señor? Guardaos bien de entrar en esa torre.

JAC. Por qué?

TAD. Porque en ella está la famosa trampa...

JAC. Ah! Si, ya recuerdo haber oido hablar de ella en mi niñez... pero creí no existiria. Ha trascurrido tanto tiempo...

TAD. Sin embargo, se halla en el mismo estado que antes. Para hundirla se dá vuelta á un resorte colocado en el ángulo de la primera columna... allí... (señalando adentro.)

JAC. En efecto, ya lo veo. Pero qué armas son aquellas cubiertas de polvo?

TAD. El Conde de Monzani las mandó trasladar á esa torre cuando puso el castillo en estado de defensa, y desde su partida ninguno se ha atrevido á descolgarlas por temor á la trampa que tan imperceptible es á los ojos de todo el mundo.

JAC. (mirando.) Si, está hecha con tal arte... mi primer cuidado será hacer tapiar esta torre. Ahora, vé á la poterna del norte y aguarda en ella la llegada de Marco; á quien espero por momentos. En seguida que llegue ven á avisarme, y dile que estoy aqui.

TAD. Sereis obedecido. (*vase por el fondo.*)

ESCENA III.

JACOBO, solo.

JAC. (*sentado.*) La tardanza de Marco me tiene sumamente inquieto. En la carta que me escribió me hablaba de un descubrimiento importante que le obligaba á ir á la cabaña de Berta, y no me decía nada mas que pudiese revelarme... Qué importa? Nadie puede ya impedir mis bodas con Virginia, y por lo tanto he conseguido cuanto deseaba.

TAD. (*saliendo.*) Señor, aquí está Marco. Mientras envuelto en su capa echaba pie á tierra, le he dado vuestra orden y... miradle...

JAC. (*vase Tadeo.*) Bien, dejanos.

ESCENA IV.

JACOBO, GENARO, *envuelto en una capa hasta los ojos.*

JAC. Podrás decirme, Marco, para qué has ido á la cabaña de Berta?

GEN. Si, para asesinarme de orden tuya. (*descubriéndose.*)

JAC. Cielos! Genaro! (*levantándose.*)

GEN. Oh! Miradme bien, Jacobo. No soy un espectro que sale del sepulcro para turbar tus sueños... Soy un hombre que se ha librado de la muerte que por dos veces le preparabas, soy tu acusador... tu juez...

JAC. Detente, Genaro, yo te juro...

GEN. El perjurio es inútil, estamos solos y no me engañas.

JAC. Oh! Dime, qué debo hacer?

GEN. Me has despojado de cuanto me pertenece, quieres casarte con la muger á quien adoro, y de quien soy amado... Oh! Harto lo sabes... Has conspirado en union de mi escudero contra mi vida, has armado el brazo de Rustiguelo para hacerme victima de su enojo... de su enojo que ahora se ha vuelto contra ti... Ya ves que nada ignoro. Pero á pesar de tus infames tramas, Dios ha querido que Berta, á quien en vano pretendias engañar, me volviese á la vida; y aunque débil todavía, y apenas curado de las heridas que por tu perversidad yo recibiera, vengo á buscarte, Jacobo, vengo á decirte que eres un traidor y un cobarde, que Virginia no será nunca tu esposa, que ella no dará nunca su mano sino al conde de Monzani, y que el conde soy yo, yo dueño de todo, y que vengo á echarte de mi castillo ignominiosamente.

JAC. (*Viene sin armas y estamos aquí solos!*) (*alto.*) Pues bien, sí, yo he jurado tu muerte porque esa herencia, porque esa muger han de ser mías y yo obtendré la una y la otra.

GEN. Villano!

JAC. Y ahora encomiéndate á Dios, porque llegó tu último día.

GEN. Cómo! Quieres asesinarme á mí, á mí, que estoy sin armas... Oh! Dame una, dámela si eres caballero.

JAC. Qué! Piensas que he de convertir en una lucha un triunfo tan fácil como este! No, te

has engañado y no escaparás ahora.

GEN. Pero yo me defenderé!... La desesperacion me dará fuerzas! Me hará encontrar un medio este. (*Agarra el sillón del fondo: va á romperlo para hacerse de una arma, y al golpe cae a suelo el mosquete que estaba detras, y el cual cogió y se echa á la cara precipitadamente.*) Jacobo! Tú eres quien has de encomendarte á Dios

JAC. Ah!

GEN. Pídele perdón de tus crímenes.

JAC. Pero... con mi espada no puedo defenderte de ti.

GEN. Qué me importa?

JAC. Escucha... iré á traerte una... combatirémos como nobles!...

GEN. Qué! Piensas que he de convertir en una lucha un triunfo tan fácil como este? De rodillas de rodillas, vas á morir! (*Jacobo cae de rodillas*)

JAC. Perdón! Perdón!

GEN. Ahora que estas á mis pies, Jacobo, no quiero asesinarte. Levanta... La victoria me será también fácil con iguales armas, y yo solo de ese modo sé batirme. Dame una espada.

JAC. (*Una espada! Oh! Qué inspiracion.*) Allí, ( *señalando al interior de la torrecilla.*) al fondo de esa torre.

GEN. (*mirando.*) En efecto, entro por ella.

JAC. Si... los dos entraremos. (*Pero no saldrá mas que uno.*) (*vanse y cierran tras ellos la puerta.*)

ESCENA V.

VIRGINIA, EL MARQUES, TADEO *que salen por el fondo.* Despues JACOBO.

TAD. Dignaos pasar adelante, señor Marqués. El señor conde vendrá al momento á este salo (*saluda y se va.*)

VIR. (*Qué tristeza infunden estas paredes!*)

MAR. Qué ruido es ese? (*gran ruido en la torre.*)

JAC. (*Estoy vengado!*) (*saliendo de la torre.*) Ah! (*viendo al marqués y á Virginia.*)

VIR. Esa conmocion...

MAR. Qué palidez es esa? Qué teneis señor conde?

JAC. Nada... no tengo nada, me felicito, señor Marqués, por la puntualidad...

MAR. Pero ese ruido que acabo de sentir ahora

JAC. (*Tengamos calma!*) Ah! ese ruido... nada. Un simple accidente que me sobresaltó en el instante, pero que despues... Acababa de entrar en esa torre, y... el piso minado por los años se hundió parte de él y de milágro...

VIR. (*Este hombre nos engaña.*)

MAR. Tengo el gusto de participaros que el condestable del gran Duque de Milan ha venido al orden de S. A. á asistir á vuestra boda. Nos encontramos en el camino, y... Miradle, justamente viene hacia aquí.

ESCENA VI.

Dichos, EL CONDESTABLE, señores, pages, criados, guardias. *Se abre la puerta del fondo.*

CON. Señor conde de Monzani, su alteza el gran Duque hubiera deseado honrar con su presencia vuestro casamiento, pero teniendo que permanecer en Milan me ha encargado venga su nombre á firmar el contrato como padrino

JAC. Si, Condestable, creed que mi agradecimiento...

MAR. S. A. me habia prometido hacer de modo que al reconciliarme con la familia de Monzani, quedase en buen lugar mi nombre y mis antiguos juramentos.

CON. En efecto, señor Marques. Y por eso ha dispuesto el Duque que vuestras armas uuidas á las del señor conde, se coloquen en la puerta principal de este castillo.

MAR. Además...

CON. Además, en el contrato de boda que ha sido mandado redactar por S. A., se previene que la familia de Monzani se obligue á no vender este castillo, y yo creo que el señor Conde por su parte...

JAC. Juro que á no ser tomado por las armas, este castillo permanecerá en mi poder.

CON. Ya lo oís. (*al Marqués.*)

MAR. Estoy satisfecho.

JAC. Ahora solo falta conducir á mis ilustres huéspedes á las habitaciones que les están preparadas, y si me permitis...

MAR. Virginia, dad la mano al señor Conde.

VIR. (Dios mio!) (*El Marqués habla aparte á Virginia. El Condestable á los demas señores que le acompañan.*)

#### ESCENA VII.

Dichos, RUSTIGUELO que sale por la primera puerta de la izquierda.

us. Señor Jacobo... (*acercándose á Jacobo y dándole golpecitos en la espalda.*)

ac. Cómo! Vos aqui! (*ap. los dos.*)

us. Tengo que deciros dos palabras.

ac. En este momento es imposible... Esos señores...

us. Los dejareis por escucharme.

ac. Qué audacia! Pero no temeis...

us. Maldita la cosa. Con esta espada no temo ninguna de las armas de que podais valeros. Ni aun la trampa de la torre.

ac. Eh! (*asustado.*)

us. Me habeis comprendido. Haced que nos quedemos solos.

ac. (Qué será esto?) Señor Marqués, señor Condestable... os pido mil perdones... pero un asunto imprevisto... ciertas órdenes que tienen relacion con la seguridad de este castillo...

us. Sois muy dueño, señor conde.

ac. Cielos! Rustiguelo aqui? El asesino de Gerardo, y por él nos deja Jacobo. Dios mio! Haced que yo adivine... (*Virginia, el Marqués el Condestable. Los señores y los pages se van por la puerta derecha. Los guardias por el fondo, todas las puertas quedan cerradas.*)

#### ESCENA VIII.

RUSTIGUELO y JACOBO.

us. Ahora, hablad, qué teneis que decirme?

ac. Tengo que deciros, señor Jacobo, que todo se hubiera arreglado tan cómodamente si no hubieran asesinado al pobre Bertuzzi...

us. Bertuzzi? Qué significa?

ac. Ya la sabreis. Pero antes de tratar los ne-

gocios, deben conocerse las personas... Y esta es una ventaja que yo tengo sobre vos, como vos no la teneis sobre mi; debo advertiros, para lo que haya lugar, que soy monedero falso.

JACO. Miserable! (*levantándose.*)

RUS. Qué es eso? A qué os levantais?

JACO. Yo tener una conferencia con un bandido!.. un malhechor!

RUS. Y qué? Razon de mas para entendernos. Sentaos pues. Como donde egercemos nuestra industria es en los subterráneos de este castillo....

JACO. Qué escucho!

RUS. Y nos va perfectamente en ellos, he pensado hacerlos una proposicion.

JACO. A mi?

RUS. Si; la de deshacerlos del castillo en favor nuestro.

JACO. Yo venderos el castillo!

RUS. Nada de eso. Yo no os propongo una venta, sino una donacion.

JACO. Una donacion!

RUS. Nosotros hubieramos podido ofrecerlos la compra pagándolos en moneda de nuestra fábrica, pero no queremos engañaros, y asi nada os daremos.

JACO. Oh! los verdugos de la justicia ducal se encargaran de contestaros.

RUS. Sentaos, vive Dios, y escuchadme hasta el fin. (*deteniéndole con violencia.*) Tengo que contaros una historia, Jacobo, y cuando la haya concluido podreis marcharos si gustais. Ezzelino de Monzani, último poseedor de estos dominios...

JACO. Si, Rustiguelo!

RUS. Como os decia, Ezzelino de Monzani, tan célebre por sus crueldades y su trágico fin, sucedido en la capilla del castillo, tenia su mayor placer en mandar precipitar á sus enemigos y á sus vasallos en oscuros calabozos... Es admirable como se aumenta vuestra atencion al oír esto.

JACO. (Como puede saber... pero no tiene ninguna prueba!)

RUS. Pues, si señor; tal era el inocente pasatiempo de vuestro pariente. Por fortuna tanta crueldad estaba recompensada por los sentimientos de humanidad de la marquesa de Monzani; siendo de notar que redoblaba los efectos de su buen corazon, cuando algun jóven desgraciado y de buena presencia era la victima. No siéndola posible contrariar directamente las órdenes de su marido, habia mandado construir en el fondo del calabozo un pavimento á propósito que suavizase la caída, y permitiera á la victima llegar á los subterráneos sano y sin lesion; alli era donde la condesa iba á encontrar á los objetos de su dulce piedad, y á dispensarles consuelos, que segun dicen, esplotaba en su favor... Qué queris? Eso era muy natural; no pudiendo hallar la felicidad de la tierra en compañía de su feroz esposo, era muy disculpable que bajase á buscarla cien pies debajo del suelo... Qué os parece de esta historia?

JACO. (Todo lo comprendo.) (*alto.*) Y bien, ese calabozo...

RUS. No es mas que un medio de comunicacion

con nuestros subterráneos; medio un poco espuesto, pero mucho mas rápido y pronto que la bajada natural... Juzgad cual seria nuestra sorpresa, cuando hemos visto llegar á un caballero un poco lastimado, pero muy sano sin embargo: iba á ser muerto, porque tales es la suerte inevitable de todos los que penetran ó sospechan siquiera nuestros secretos... Cuando reconocien el recién venido al señor Genaro, uno de nuestros mejores amigos, á quien pocos dias antes habia yo atravesado de una estocada, que os hubiera debido dar á vos. En fin, lo cierto es, que me guardé bien de consentir en que desapareciesen unos rehenes tan preciosos, cuando el verdadero y legitimo poseedor de este castillo, nos es tan necesario; pero como de su caballeresco amor, no seria posible esperar que nos cediese esta posesion, con la cual están unidos los dominios de la muger que ama, por lo mismo recurrimos á vos, que estais curado de esas preocupaciones como de otras muchas.

JACO. Yo?... por qué?... Y os habeis podido figurar...

RUS. Que si rehusais, lo echais todo á perder: la muger, el castillo... y la cabeza: estas son las mas insignificantes consecuencias, que tendrá la menor revelacion relativa al señor Genaro; á quien en otro caso pondremos en libertad.

JACO. Y si me apresurase á denunciaros?

RUS. Seria una revancha muy justa, monseñor. Ser ahorcado es uno de los beneficios de nuestra carrera, en tanto que me parece que para vos no tiene lances este sorprendente punto de vista...

JACO. Pero ya lo veis: renunciar al castillo es imposible.

RUS. Con que imposible! eh!.. decididamente?... Lo siento por vos .. Hasta la vista, Monseñor, (dá algunos pasos.)

JACO. (Lo que mas importa en este momento, es impedir que Genaro vuelva á presentarse.) Eh! deteneos!

RUS. Sea en hora buena; ya sabia yo que al fin concluiríamos por entendernos los dos. Pero no es esto todo: falta otra condicion en nuestro trato, y para que se realice, es menester que honreis nuestros subterráneos haciéndonos una visita...

JACO. Yo!..

RUS. Oh! tranquilizaos; os necesitamos, y nada teneis que recelar; qué diantre! Tan poco valor os acompaña que asi desconfiais de nosotros?

JACO. (Bien mirado, no estoy descontento de tener ocasion de convencerme que es cierto que Genaro vive.) Voy á reunirme con mis huéspedes,.. pero dentro de una hora... (en este instante aparece Virginia detras de una puerta lateral.)

RUS. Convenido! dentro de una hora, todavia no habrá amanecido; bajad á los fosos del castillo, por el lado de la poterna del norte, y á la parte arruinada del edificio alli encontrareis á un hombre que os espera, pronunciareis esta palabra «San Mauro,» y él os contestará: Genaro!

VIRG. (Genaro, qué significa esto!)

JACO. Dentro de una hora, acudiré á la cita.

VIRG. (Y yo tambien... suceda lo que quiera, todo lo sabré!)

RUS. Hasta luego, señor conde. (dándole la mano.)

JACO. Hasta luego. (Jacoboy Rustiguelo se alejan; Virginia permanece sola en la escena y los sigue con la vista.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

## ACTO CUARTO.

Interior de los subterráneos habitados por monederos falsos; al fondo, los hornillos y una escalera grande que conduce á los subterráneos; cerca del proscenio, siempre á la derecha, un rincon en que aparece acostado Genaro, sobre su capa. A la izquierda una puerta.

ESCENA PRIMERA.

BRENO, LUCIO, monederos falsos.

(Al levantarse el telon, los monederos están trabajando. Los unos llevan sacos y barriles pequeños, que cierran con cuidado, otros martillean sobre yunques, cuentan oro y plata, la balanza está en movimiento, arde el fuego en los hornillos, iluminando el foro linternas portátiles, colocadas en diferentes parages cerca de los operarios.)

BRENO. Basta por hoy; hemos fabricado mas moneda que la que podemos consumir acaso en toda nuestra vida... Esperemos ahora la vuelta del gefe.

LUCIO. ¿Entendeis vosotros alguna cosa de lo que está ocurriendo aqui? Ese jóven que cae iluminado como del cielo, y al cual dejamos dormir tranquilamente.

BRENO. Cuando debiamos haberle muerto ya verdad que si no está muerto, muy poco le falta; apenas cayó entre nosotros, se ha desmayado, (hace la demostracion de un hombre que se precipita.) y su estado actual se parece más á un letargo profundo que á un sueño... Pero eso es igual, dejarlo vivir es una imprudencia y al mismo tiempo no sé qué es lo que me contiene. (echa mano al puñal.)

UN MONEDERO. Vamos allá! Pero, ¿y la orden del gefe?

BRENO. Es verdad... (deteniéndole.) Rustiguelo quiere salvarlo, aunque su testimonio puede llegar á perdernos; nos prohíbe huir del castillo aunque sus dueños vengan á habitarlo. Debemos obedecer al gefe, pero hay en todo esto, un enigma que quisiera descifrar.

LUCIO. Descifrar el misterio, eh?.. No me parece muy difícil, porque se me figura que Mae Rustiguelo, piensa mas en sus intereses que en los nuestros.

BRENO. Eh?

LUCIO. Qué diablo! Eso está á la vista... por qué en lugar de fabricar moneda falsa con tanto trabajo, prefiere tal vez que el gobierno se dé corriente, en cambio de la nuestra... que acaso le entregará. (murmullando.)

BRENO. Oye tú, Lucio, yo puedo como otro cualquiera, criticar la conducta del gefe cuando no me parece prudente, pero insultar su lealtad. Eso no. (se adelanta hácia él amenazándole.)

LUCIO. Corriente; perdonad. Si yo decia esto, era por escés de fidelidad.

BRENO. Fidelidad tú!.. Ya! cuando se trató de quedarnos ó salir del castillo, tú solo has sostenido que era necesario permanecer á toda costa, aun cuando tuviésemos que perecer en su defensa... y tú hablas como un valiente... Tú, que eres el extremo de la cobardia... Ahora nos vienes con fidelidad, cuando todos te conocemos por un bribon... Pase por esta vez, pero guárdate de otra porque te saldrá caro.

LUCIO. (Diablo! desconfiar de mí!.. Apresurémonos á destruir este papel... Si yo pudiese quemar...)

UN MONEDERO. (al fondo.) Aquí está Rustiguelo.

BRENO. Ah! gracias á Dios!

## ESCENA II.

Los mismos, RUSTIGUELO.

Rus. Camaradas, traigo buenas noticias. El castillo es nuestro.

BRENO. Nuestro! De qué modo?

Rus. Ese jóven que veis ahí es Genaro Salviati, el verdadero propietario del castillo. Jacobo lo ha precipitado en el antiguo calabozo para apropiarse su herencia. Y ahora dominado por el ascendiente del secreto que poseemos, va á venir él mismo entre nosotros á firmar el acta de donacion del dominio de S. Mauro.

BRENO. Será posible?

Rus. Indudable, Pietro que ha quedado de guardia á la puerta, lo conducirá aquí.

BRENO. Pero no temes que Jacobo nos tienda algun lazo?

Rus. Imposible, está muy comprometido... Además de que á la menor sospecha Pietro volvería atrás al instante, y tiraría la cuerda de la campana de alarma que resuena en el fondo de nuestros subterráneos. No os apureis! El castillo va á ser nuestro, y nuestra fortuna se acrecienta con esta adquisicion.

LUCIO. (Y la mia está hecha!)

BRENO. Ya ves, Lucio, como Rustiguelo no ha descuidado nuestros asuntos por los suyos, como decias.

Rus. Qué! Ese miserable se ha atrevido á sospechar de mí?

LUCIO. No; no tal... He dicho que se podia creer... á la simple vista...

Rus. Es que la simple vista engaña muchas veces, tenlo entendido. Ya sabes que te tengo por un canalla y que te vigilo!

BRENO. Gente viene... es Jacobo sin duda.

Rus. Preparémonos á recibirle como merece. (Jacobó baja la escalera, precedido de Pietro que le alumbra con una tea.)

## ESCENA III

Los mismos, y JACOBO.

Rus. Entrad, señor Jacobo, como si estuvierais en vuestra casa.

JACOBO. (Son mas de los que yo me figuraba.) Aquí estoy á vuestras órdenes; ¿qué exigis de mí?

Rus. Por de pronto, que firmeis el acta de venta

del castillo que haceis en mi favor... y que me la entregueis.

JACOBO. Ese punto está arreglado.

Rus. Os he dicho que eso no era todo... Monseñor... Nos habeis enseñado á que desconfiemos de vos... Cualquiera que sean las garantías que por hoy nos responden de vuestro silencio, tendremos que temeros, en el momento en que os interese denunciarnos. Para que estemos tranquilos, es preciso que os hagais, si no nuestro amigo, á lo menos nuestro socio.

JACOBO. Yo!

Rus. Oh! que no os asuste el nombre de socio. (hace el gesto de un hombre que se ahorca.) No os admitiremos á la participacion de los beneficios sino en el caso de... En fin, sois la única persona que puede perdernos, y si nos sois fiel, nadie sabrá las relaciones que nos ligarán en adelante.

JACOBO. Acabemos! ¿qué es lo que deseais?

Rus. Que pongais vuestra firma en el registro que contiene nuestros reglamentos y nuestros juramentos de fidelidad á la asociacion... Pondreis vuestro noble nombre á la cabeza de los nuestros. Al César lo que es del César, y á vos el lugar que os corresponde... Os cedo gustoso la preeminencia, y en caso de tener que habérmola con la justicia...

JACOBO. ¿Pero, qué necesidad hay de esta precaucion?... No es lo mismo mi juramento?

Rus. Vuestro juramento! Ah! ¿Olvidais, monseñor, que conocemos la moneda falsa?

JACOBO. El todo por el todo! (Sigamos el proyecto.) Bien, accedo á lo que me pedis, pero á mi vez, tengo derecho...

Rus. De exigir condiciones... Lo que gustéis, nada mas justo.

JACOBO. (sombrio y desencajado.) Me habeis dicho... que se hallaba entre vosotros una persona...

Rus. El señor Genaro, vuestro primo. Ah! Monseñor, quiere cerciorarse por sí mismo... Es muy fácil... mirad. Aquí está lo que buskais. (descubre el rincón donde está Genaro.)

JACOBO. Aquí!

Rus. Nada temais, está durmiendo.

JACOBO. (tranquilizándose.) Ah! duerme. (se aproxima á Genaro poco á poco.)

Rus. Está un poco lastimado, algun tanto cansado... como es natural del sacudimiento y la sorpresa; lo habeis hecho viajar de un modo tan singular... Pero no tengais cuidado por vuestro primo, no será nada... está vivo y muy vivo.

JACOBO. (Aun late el corazón!)(que se ha inclinado hacia Genaro.)

Rus. Si monseñor gusta seguirnos á la sala de nuestras reuniones, firmaremos el registro.

JACOBO. (Es el único medio de librarme de él para siempre.) Estoy pronto á firmar.

Rus. Confesad, monseñor, que se ha hecho muy mal en mortificar tanto al pobre Bertuzzi. Pasad... Oh! no, despues de vos, despues de vos. (salen todos por la puerta izquierda, se llevan las linternas. Oscuridad casi completa. Apenas se han marchado los monederos falsos, se distingue á Virginia en lo alto de la escalera. Baja con temor; se detiene y pronuncia andando sus primeras palabras.)

## ESCENA IV.

VIRGINIA *llegando por la escalera*, GENARO *durmiendo*.

VIRG. Nadie!.. Tiemblo y muero de miedo!.. ¿Dónde estoy? He seguido los pasos de Jacobo; un hombre ha venido delante de él... Este hombre ha abierto una puerta subterránea en los fosos del castillo; he tenido valor suficiente para seguirlos... Había oído el nombre de Genaro!.. El guardia ha vuelto á cerrar la puerta, me oculté en un rincón de la pared, y no me ha visto. He bajado esta escalera en tinieblas, y he llegado á esta basta habitación... Pero, ¿cuál será el resultado de mi temeridad?.. Cuando haya llegado á descubrir algún terrible misterio en que Jacobo esté sin duda comprometido, me castigará! Acaso pagará con la muerte? No importa, quiero saber... (*distinguiendo á Genaro:*) Un hombre tendido, dormido sin duda... Pero qué miro... Cielos! es él! es Genaro!..... Livido!.... exánime! He aquí el misterioso crimen que yo buscaba! Muerto! muerto! Dios mio!.. Aquí es donde han muerto á Genaro! (*cae de rodillas.*)

GEN. Quién ha pronunciado mi nombre?..

VIRG. (*retrocediendo asustada.*) Ah!

GEN. Una mujer!

VIRG. Estoy soñando?

GEN. Virginia!

VIRG. El!.. tú! vives todavía!..

GEN. Virginia!

VIRG. Genaro!.. oh! habla! habla por piedad!.. Cuéntame por qué fatalidad te he perdido! Por qué dichosa casualidad vuelvo á encontrarte!.. habla, oiga yo tu voz... que me convenza de que he vuelto á hallarte!

GEN. Permíteme reunir mis ideas... atraer á la memoria mis recuerdos... Tantas emociones, tanta felicidad me han trastornado el juicio; Jacobo me quería asesinar, y Berta le hizo creer mi muerte, me ocultó en su cabaña, me ha sido preciso oírte sin poderte decir, soy yo! Es Genaro! porque allí había asesinos: he corrido al castillo de san Mauro, y Jacobo iba á espiar todos sus crímenes, cuando hizo abrir un abismo bajo mis pies, y fui entonces precipitado en este subterráneo... Pero no quiero pensar más en tan aciagos recuerdos, la alegría de verte, me hace olvidarlo todo! ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Cómo estás en poder de estos bandidos, de estos monederos falsos que habitan estas cabernas?... Pero, oh! van á matarte! ó si te hacen gracia, te reducirán á un cautiverio perpétuo!.. Ni tú, ni yo saldremos ya de esta tumba.

VIRG. ¿Crees tú por ventura que consentiría eu salir sin ti ahora?

GEN. Virginia!..

VIRG. He venido á estos subterráneos porque he oído pronunciar tu nombre.. Ahora que te he encontrado, ¿qué me importa la vida?.. Mi vida es la tuya! Si me permiten vivir á tu lado, será mayor mi ventura que la que espero sobre la tierra!.. Y si quieren separarnos! Entonces moriremos juntos, y esa es también una verdadera dicha!

GEN. Virginia mia!.. Por grato que me sea oír

tus palabras de amor, no es posible que yo olvide el peligro en que te hallas!.. Es forzoso que te arranque de este horrible sepulcro á donde tu pasión te ha hecho bajar! Dime, ¿no hay sino una entrada en estos subterráneos?..

VIRG. Una sola.. Se lo he oído decir al hombre que condujo aquí á Jacobo.

GEN. Jacobo está aquí!..

VIRG. Si, ha venido á conjurar con estos miserables, no sé qué misteriosa traición.

GEN. Jacobo aquí!.. Oh! Es preciso que buyais de él. ¿Dónde está esa entrada de que me hablas?

VIRG. Esta escalera conduce á ella... Pero hay un guardia que tiene la llave y no la deja un momento.

GEN. No hay más que uno?... Oh! cueste lo que cueste, es preciso tener esa llave y la tendré.

VIRG. Por Dios, Genaro!..

GEN. Escucha. Los bandidos están lejos... quédate aquí en lo más oscuro de esta habitación, donde puedas ocultarte, que yo vuelvo al instante.

VIRG. No temas ser víctima de tu temeridad?

GEN. Nada temo, Virginia; tu presencia y tu amor me han devuelto mi fuerza, una fuerza invencible! Dios mio, haced que logre el salvarla! (*sube rápidamente la escalera.*)

## ESCENA V.

VIRGINIA *sola*.

VIRG. Oh! Dios mio! protegédle!.. oigo voces... (*la puerta de la izquierda se abre.*) Dos hombres se dirigen hácia este lado... ¿A dónde me ocultaré?.. Ah! en el oscuro rincón que ocupaba Genaro! (*se envuelve con la capa de Genaro, y se coloca en la escavacion.*)

## ESCENA VI.

VIRGINIA, BRENO, LUCIO.

BRENO. Vamos, ven acaba! La suerte nos ha designado... con que despachar pronto!.. Está dormido, y de un golpe solo hemos concluido.

LUCIO. Qué quieres que te diga, pero no tengo el pulso muy sentado para el lance.

BRENO. Pues no hay recurso; Jacobo no consiente en firmar si no con la condición de que su primo muera inmediatamente. A nosotros toca cumplir la sentencia dictada por la asociación.

VIRG. (Qué oigo!)

LUCIO. No, no... vé tú... yo no mato á este prisionero.

BRENO. Te atreverías tú á oponerte solo contra tus hermanos?

LUCIO. Solo con Rústiguelo, que también se ha opuesto y se ha retirado á un lado por no mezclarse en este asunto.

BRENO. Pero los demás hemos estado unánimes contra él, y tú mismo antes de saber que la sangre debería correr por tus manos...

LUCIO. Si, pero ahora tengo miedo.

BRENO. Cobarde!.. Bien seguro estaba yo de que

retrocederías. Pues bien! Voy yo solo á ejecutar la sentencia.

IRG. Cielos!

LUCIO. Enhorabuena!

RENO. Apenas se vé nada en esta oscuridad.

IRG. Dios mio! Van á matarme!

RENO. Mejor es no ver, mas quiero no distinguir sus facciones... y con tal que yo divise el bulto donde debo herir, no necesito mas. (*se acerca á Virginia.*)

IRG. Si hablo, reconocerán que no es Genaro... Entonces lo buscarán y está perdido!..

RENO. Cosa mas rara!.. Yo mismo tiemblo por la primera vez de mi vida!.... No sé qué detiene mi brazo. Eb! Vamos! Fuera aprension.

IRG. Dios mio!.. Muerdo por él... (*vuelve á caer, Breno levanta el brazo sobre ella. En este momento resuena el sonido de una campana fúnebre.*)

RENO. La señal que hacen en la entrada exterior significa alarma ó traicion.

### ESCENA VII.

Los mismos, PIETRO, GENARO que conducen por la calera monederos falsos, con hachas salen por la puerta de la izquierda.)

RENO. Qué es lo que ocurre ahí fuera?

PIETRO. El prisionero queria fugarse, y me habia ya derribado por tierra para quitarme la llave, pero felizmente mi mano ha podido alcanzar la cuerda de la campana, y habiendo acudido socorro, vuelven á traer el preso. Aquí está. (*Genaro aparece conducido por los monederos*)

RENO. Genaro!.. Pues quién es este entonces?.. Una muger!..

LUCIO. Una muger!..

PIETRO. Cómo ha venido aqui?

RENO. De cualquier modo que haya sido, esta muger sabe nuestros secretos y debe morir.

LUCIO. Si! Si! que muera!

PIETRO. Perdonadla! perdonadla!

RENO. Nada de perdon, ni á ti, ni á ella.

### ESCENA VIII.

Los mismos, JACOBO y monederos falsos.

PIETRO. Deteneos!

LUCIO. Jacobo!

PIETRO. Deteneos, digo!.. Esta muger va á ser mi esposa: si la matais no puedo cumplir nada.

RENO. Pero si nos delata?

PIETRO. Callará!

PIETRO. Callarme!.. Callarme, miserable! Cuando tengo la prueba de tus crímenes! No lo creas!

PIETRO. Callará! Creedme á mi, porque delataroseria delatarme á mi, y Virginia no delatará su esposo.

RENO. Su esposo! y se atreve todavía á decirlo!

PIETRO. Yo la muger del cómplice de estos bandidos!.. Yo la compañera de un asesino!.. Oh! no esperéis jamas!

PIETRO. (*bajo á Virginia.*) Ahora estoy mas seguro que nunca, de que no rehusareis mi mano porque de esta mano omnipotente depende el

perdon de Genaro!

GEN. (Qué la dirá!)

VIRG. Cielos!

GEN. (*lo mismo.*) Si os comprometéis por un terrible juramento á seguirme al altar... si prometéis sepultar en el silencio todos los sucesos de este dia, callar para siempre la existencia de Genaro... Genaro vivirá... Si rehusais, Genaro muere al instante á vuestra propia vista!

VIRG. Dios mio!.. qué haré?.. qué haré?..

JACO. Dudáis?..

GEN. Qué inicua proposicion la hará!

JACO. Vos sois quien asi lo quiere?

VIRG. No! no! deteneos!.. Seria demasiado horrible!.. Haré ese juramento.

GEN. Un juramento!

JACO. Os decidis?

VIRG. Juro...

JACO. Ante Dios y por mi salvacion eterna...

VIRG. Ante Dios y por mi salvacion eterna!.. juro aceptar por esposo al señor Jacobo de...

GEN. Qué escucho!

VIRG. Guardar un eterno silencio sobre todo lo que he descubierto hoy acerca de la existencia de Genaro... Pero que se salve!..

GEN. Que me salve!.. yo!.. á costa de tu desgracia!.. No quiero ese perdon infame!

JACO. Podeis anunciar á Rustiguelo que ya no exijo la muerte de Genaro, lo dejo á vuestra custodia.

LUCIO. Voy á anunciárselo. (*sale.*)

GEN. Jamás!.. es imposible!

VIRG. A Dios, Genaro! Perdóname si te he salvado la vida. (*Jacobo la arrastra por la escalera.*)

### ESCENA IX.

GENARO, los mismos monederos falsos.

GEN. No, no; ese odioso pacto, no se cumplirá. Quiero destruirlo, anonadarlo en la sangre misma del que ha osado proponerlo.

BRENO. ¿Olvidais sin duda que no podeis salir?..

GEN. Pero en vez de encadenar para siempre á Virginia, á ese infame, por qué no habeis deramado el resto de sangre que me dejasteis? Ah! á lo menos, consumad vuestra obra! Matadme!.. la muerte, la muerte por compasion! Dadme la muerte!

BRENO. Silencio! tu muerte nos es inútil y no la queremos.

GEN. Si, comprendo! no la tomareis á menos que os la pagaran. Todo por el oro, siempre cobardes mercenarios!.. Quiera el cielo castigar tantos crímenes! Que estos muros se hundan sobre vuestras cabezas!.. Maldigaos el cielo y os rechace confundiendos en un eterno padecer, cual yo os maldigo y os desprecio.

BRENO. Vamos! Eso ya es demasiado!.. Hemos prometido dejarte vivir, pero no te hemos permitido insultarnos... habla una sola palabra mas, Genaro, y eres perdido!..

### ESCENA X.

Los mismos y RUSTIGUELO por el fondo.

RUS. Vosotros sois los que estais perdidos!

TODOS. Nosotros!

Rus. Y yo tambien!.. Apenas nos queda un instante para salvarnos... Estamos vendidos!.. Entregados al gran duque!..

BRENO. Por quien? *Por Lucio*

RUST. Por quien! *Escuchadme.* Hacia yo mi acostumbrada ronda por los subterráneos, cuando á la vuelta de una galería, descubro á Lucio que trataba de abrir una de las lámparas... Ya sabeis que hace tiempo que sospechaba de él; me escondo, le observo, y le veo aplicar un papel á la llama... me lanzo sobre él y se lo arranco; era una contestacion dirigida á este infame, por el Podestá del gran Duque. En ella le decia, que segun se lo habia pedido, las tropas estarian á la entrada del subterráneo, mañana último dia del año, dia en que todos nuestros hermanos se reúnen para hacer el arreglo definitivo de las cuentas y repartir las utilidades. *Por esto era por lo que el infame queria hacernos quedar en estos subterráneos.*

BRENO. Dónde está ese miserable, entregádnosle!

RUST. Id á buscar su cadáver si quereis. Mi primer movimiento ha sido castigarle, despues interrogarle, pero estaba muerto, porque le habia sacudido demasiado fuerte. Ahora no se trata aqui de fortuna, ni de Castillo, sino de nuestra cabeza. Es preciso marchar cuanto antes y no perder ni un momento. El reloj del Podestá puede adelantarse.

BRENO. Si, si, recojamos todo lo que podamos llevar.

RUST. No se necesitan sino muy pocos instantes, y procuremos estar fuera del gran Ducado de Milan antes que lleguen aqui. Pietro, marcha tú el primero, y abre la puerta. *(Pietro sale por la escalera)*

BRENO. Però este hombre que puede descubrirnos!...

RUST. Al contrario, puede servirnos... Es preciso dejarle que viva... Cuando se necesita de los demas, conviene hacerse amigos mas bien que victimas!

Todos. Tiene razon.

GEN. Rustigueto! si me devolveis á Virginia, me dais mas que la vida! Contad con toda mi proteccion.

RUST. No la rehuso, no!... Vamos! estamos prontos! *(los monederos que durante este tiempo han estado haciendo sus paquetes, se disponen á marchar, Pietro vuelve á bajar asustado.)*

PIETRO. Todo está perdido!

RUST. Pues qué sucede? Habla!

PIETRO. No hay esperanza, la puerta del subterráneo está tapiada!...

Todos. Tapiada!...

PIETRO. Si!... En vano me he esforzado para abrirla; contra la última puerta de hierro, han amontonado enormes piedras, y seria necesario emplear meses enteros para destruirlas...

GEN. Oh! Comprendo ahora la clemencia de Jacobo... Este era el perdon que me reservaba!

RUST. Infame Jacobo!... Nosotros te daremos el castigo... no pereceremos aqui... Por difícil que parezca, nosotros haremos desaparecer el obstáculo que se opone á nuestra salida!...

PIETRO. Ya os he dicho que es imposible... el foso está enteramente cegado!

RUST. Pues bien... busquemos otra salida!... Registremos todos estos subterráneos hasta en-

contrarla; minemos esas peñas, derribemos esas murallas. *(todos los monederos han cogido picos y martillos durante el diálogo anterior, empiezan á pegar en las paredes; un pedazo de pared que estará cerca de los ornillos, viene abajo con estruendo; Rustigueto se entra por el boqueron que se ha abierto; y vuelve á salir en seguida.)* Una cueva oscura, cerrada por todas partes! No hemos adelantado mas que cambia de sepultura... Ya no hay esperanza!... Estamos perdidos!...

Todos Perdidos!...

GEN. Virginia!... Virginia!... *(cuadro de desesperacion y desaliento)*

## ACTO QUINTO.

El teatro representa una gran galería medio arruinada, á través de la cual se ven los sepulcros de los Monzani. A la derecha está la puerta de la capilla.

### ESCENA PRIMERA.

JACOBO, TADEO y criados.

JAC. ¿Está todo dispuesto segun tengo mandado para la celebracion de mi matrimonio?

TAD. Sí, Monseñor. Se han abierto las antiguas puertas de la capilla, que tantos años habian que estaban cerradas. El altar está preparado, los cirios encendidos, y vuestros vasallos esperan, en el patio de honor, que la campana de castillo dé la señal para trasladarse al momento de oírse á la capilla.

JAC. El señor Condestable, que es el encargado del ceremonial, dará sus órdenes al efecto, ya no puede tardar en oírse la campana, porque esta es la hora que tiene señalada. Id con cuidado de que no haya nada que pueda retardar la ceremonia. *(Tadeo y los criados salen por la izquierda.)*

### ESCENA II.

JACOBO, solo.

JAC. En fin, he vencido todos los obstáculos. En vano, Rustigueto, confiado en su espada y en el valor con que sabe manejarla, ha querido luchar contra mi; la astucia es un arma mas terrible que todas las que él usa; he podido mas que él... Era preciso entregarle este castillo que la orden del gran duque hace inalienable; mi bajada á los subterráneos me ha hecho conocer que no tenian mas salidas que una. Con hacerla tapiar para siempre, he envuelto en una misma tumba á Genaro, á Rustigueto, y á todos los monederos falsos, sepultando al propio tiempo con ellos una deuda que me era imposible satisfacer. Solamente me restaba deshacerme de Marco, que era el único cómplice que podia venderme y cuyas exigencias empezaban ya á darme cuidado... No he dado á conocer ni aun remotamente mi modo de pensar con respecto á él, sino que por el contrario le he prodigado toda suerte de atenciones... He llegado á honrarle hasta el punto de admitirle á mi mesa... despues le he envia-

do á Milan... á donde quizá no llegará jamás... ó si llega no volverá á salir de allí.

ESCENA III.

JACOBO, VIRGINIA, *entrando por la izquierda.*

IR. Ah! Sois vos, Monseñor!... deseaba veros y hablaros...

AC. Pero en el mismo momento en que todo se halla dispuesto para celebrar nuestra union...

IR. Nuestra union!.. ¿y habeis podido creer que yo consentiria jamás en ella?...

AC. Cómo!... y vuestro juramento?

IR. ¿Hay acaso alguno tan poderoso que pueda obligarme á hacer traicion á la persona á quien amo!... al único á quien quiero por esposo!...

AC. Señora!...

IR. ¡Ah, perdonad! Estoy loca! No, no me dirijo á vos con amenazas; las lágrimas y los ruegos son los que únicamente convienen á mi posicion! El odio que le teneis os ha conducido á perseguir á Genaro por todos los medios imaginables; le habeis herido con toda especie de armas!... Lejos de todos los que le quieren, lucha contra su suerte, sepultado en vida en el fondo de una caverna... Desde allí me llora, me llama para que vuele á su socorro!.. Se me figura oír sus dolorosos acentos... Me parece que á cada paso que doy hácia ese altar, responde un gemido, un ay de desesperacion que sale de sus labios, tal vez ya moribundos! Y quereis que siendo vos la causa del dolor que me atormenta, vaya yo á unir mi suerte á la vuestra para siempre!... ¿Queréis que vaya á juraros ante el eterno... un amor, un respeto que sois indigno de merecer?...

C. *(con frialdad.)* ¿Y á dónde está, señora, la resignacion que teniais la noche pasada?..

IR. Ah! Esta noche, yo no veia mas que á Genaro!... No veia sino que la muerte amenazaba su cabeza, y por salvarle hubiera dado cien vidas á haberlas tenido!... Pero ahora que se aproxima la hora fatal, siento que mi valor se disminuye, que mi cabeza se trastorna y que mi corazon se parte!... No exijais de mí semejante juramento, en presencia de ese sepulcro, donde está escrito el nombre de Genaro!.. En esa capilla que tan fatal fué en otros tiempos á un perjuro segun cuentan...! Ah! Conozco que antes de cometer tan horrendo sacrilegio, caeré muerta de terror sobre las gradas del altar.

AC. Ahora no se trata de vuestra muerte, señora... pero la de Genaro es inevitable si continuais resistiendo á nuestro enlace.

IR. La muerte de Genaro!..

AC. No tengo mas que hacer, que dar una señal á los que le guardan! A la menor tentativa que haga para salvarle, caerá bajo sus golpes en que sus libertadores puedan impedirlo.

IR. Dios mio! Dios mio! *(se oye la campana.)*

AC. Habreis oido, señora!...

IR. Tan pronto!

AC. La comitiva se adelanta ya hácia aqui...

IR. Monseñor!..

AC. Ahora, acompañadme al altar... Cuando estemos unidos, podreis suplicar en favor de Ge-

naros... Ya llegan, decidid pronto... su vida ó su muerte está en vuestras manos.

VIR. Ya os sigo.

ESCENA IV.

Los mismos, EL MARQUES, EL CONDESTABLE, Señores y Damas, pages, guardias y vasallos.

MAR. Ya veis, Monseñor, que los esposos nos han precedido.

CON. Señor Jacobo de Monzani, dad la mano á la señora Virginia de Salviati para conducirla al altar, en nombre del gran duque de Milan... que vuestra union se lleve á debido efecto. *(movimiento de salida.)*

ESCENA V.

Los mismos y BERTA que sale precipitadamente por el foro, seguida de un oficial..

BER. En nombre del Gran Duque de Milan, deteneos!

VIR. Y JAC. Berta.

CON. Qué dice esa muger?

BER. Esta muger dice que viene á acusar al señor Jacobo de Monzani, de asesinato y de prevaricacion.

JAC. Qué audacia!.. una gitana!...

BER. Si, una gitana, á quien todos vosotros escuchareis, ilustres señores, porque tal es la orden del Gran Duque, que este oficial que me acompaña debe poner en manos del señor Condestable. *(El oficial entrega un pliego cerrado al Condestable, que lo abre y lo lee para sí.)*

JAC. ¿Qué quiere decir esto, señora? *(á Virginia en voz baja)*

VIR. Os juro que estoy enteramente ignorante de lo que está pasando. *(del mismo modo.)*

JAC. *(del mismo modo.)* Lo veremos.

BER. La acusacion que acabo de hacer, la ha oido ya el gran Duque, de boca de la que le salvó la vida.

CON. En efecto, la orden es terminante: *(leyendo.)* «En vista de la acusacion producida ante nos contra Jacobo de Monzani, suspéndase su matrimonio con la señora Virginia de Salviati. Nuestro Condestable queda encargado de castigar al culpable, si la acusadora ha dicho la verdad; si por el contrario solo ha tratado de hacer que nuestra justicia se tuerza, sufra en una prision perpétua el castigo que merecen sus atrevidas calumnias.—Firmado.—Francisco Maria, Duque de Milan.»

VIR. *(Dios mio! Qué es lo que va á suceder aqui?)*

BER. *(á Jacobo.)* Ahora entendámonos los dos. Oid lo que yo tengo que deciros. Vuestro primo Genaro de Monzani, ha estado aqui esta noche pasada, ha comparecido solo delante de vos, y valiéndoos de una traicion, le habeis precipitado por una trampa que se halla en uno de los calabozos secretos de la torre.

VIR. *(Qué es lo que dice?)*

JAC. Eso es una mentira infame! ¿Y quién es el que se atreve á inventar semejante acusacion?

BER. Quién? El mismo que fué vuestro cómplice en otros crímenes, y que ha sido el confiden-

te de este... Marco.

JAC. (Aun vive!..)

BER. Marco, á quien he visto moribundo en Milan, cuando apenas podia ya sostenerse. Marco, que ha adivinado la mano que habia vertido el veneno en su copa, y que á poco de haberme enterado de cuanto he dicho, ha espirado maldiciéndooos.

JAC. Perfectamente. Antes para acusarme ha hecho resucitar á Genaro; ahora con el mismo intento hace morir á Marco.

BER. Todo cuanto he dicho, estoy pronta á jurarlo delante de Dios.

JAC. Evita á lo menos el cometer un perjurio... Ya se sabe lo que puede valer el juramento de una muger maldita como tú. Cuando una gitana se atreve á acusar á un hombre de mi sangre, son necesarias pruebas.

BER. Pruebas!.. Pues bien, sea!.. Tengo una que no podeis desmentirla, porque seria apoyada por una muger tan noble como vos, por la señorita Virginia de Salviati.

VIR. Por mí!.. ¿qué es lo que decis?..

BER. Señora, ayer os he entregado la mitad de aquella medalla que la espada de Rustiguelo dividió en dos pedazos sobre el pecho de Genaro.

VIR. Es cierto!..

BER. La otra mitad la llevaba Genaro como una reliquia que jamas le abandonaba. Pues bien! La prueba de que Genaro ha penetrado en este castillo, y de que ha sido precipitado en la sima que está en la torre de los calabozos secretos, es que habiendo yo entrado en ella antes de venir aqui, me he encontrado la mitad de la medalla, que Genaro llevaba siempre consigo.

JAC. (Maldicion!)

BER. Y esta vez no estaba yo sola. El oficial del gran Duque estaba á mi lado. Vedla, (al Condestable.) Monseñor. (se la da.)

JAC. (No se que responder!..)

VIR. Monseñor!.. (en voz baja.)

CON. Esta acusacion es grave, en efecto; y si la señora Virginia se sirve enseñarnos desde luego la otra mitad que está en su poder...

JAC. No puede hacerlo, porque es la misma que se halla en vuestras manos.

VIR. (¿Qué es lo que se atreve á decir?)

BER. Cómo!.. Vos protendeis...

JAC. Ayer he acompañado á mi futura á la torre en donde están los calabozos secretos... y allí noté que se le habia caido ese pedazo de medalla, cuyo origen me era desconocido, y que por lo mismo de no ser sino un pedazo, creí que la habia arrojado, puesto que para nada servia.

BER. Oh!... eso es imposible!..

JAC. Hablad, señora. (á Virginia en voz baja.) Si titubeais un instante en apoyar lo que acabo de decir, no hay perdón para Genaro!..

VIR. Pero Berta... (en voz baja.)

JAC. Escoged... (en el mismo tono.)

VIR. Lo que dice el señor Jacobo es cierto...

BER. Pues la verdad, es lo que yo acabo de decir, Monseñor! (al Condestable.) Si aun es preciso otra nueva prueba de que Genaro debe haber perecido en este castillo, voy á darla con solo deciros, que no es él el que descansa

en esa tumba.

JAC. Pues entonces, quién es?

BER. Un gitano, uno de mis hermanos á quien hice cubrir con el manto de Genaro, para poder librar así á este último de los golpes de sus asesinos.

JAC. Un gitano... un pagano en el sepulcro de mi noble pariente!.. Monseñor, si es cierto lo que ha dicho esta muger, pido que sea castigada con la muerte de los sacrilegos... que acabe su vida en un infame suplicio!

CON. Ese es el castigo que les impone la ley.

JAC. Pido además, que se levante esa losa, y que se baje á averiguar la verdad á ese sepulcro cuya santidad se vanagloria de haber profanado esta miserable.

CON. Cómo!.. pedis que se levante esa losa fúnebre!..

JAC. Lo pido... y lo exijo en nombre de la familia de los Monzani. (á una señal que hace el condestable se disponen á levantar la lápida sepulcral.)

VIR. Esto es ya demasiado!.. (en voz baja á Jacobo.) No seré vuestra cómplice hasta este estrem!.. No permitiré la muerte de esta generosa muger.

JAC. Ya os he dicho que escojais. (en el mismo tono.)

BER. Oid mis ruegos, Dios de justicia! Cuando no se hallan las pruebas de un crimen sobre la tierra, no es vano apelar á la venganza del cielo... Cuando el inocente no tiene ya ningun recurso para probar que lo es, debe salvarle un milagro!.. Jacobo, tú has desechado mi juramento teniéndome por una muger maldita; y tengo mas confianza en tí... reclamo el tuyo; según la ley, tengo derecho de exigir esta prueba.

JAC. (sonriéndose.) Eres tú quien exige de mí un juramento!..

BER. Si, aqui mismo... en este lugar, cuya santidad se halla consagrada por una tradicion respetable... Aqui donde el engaño y el perjurio fueron castigados en otros tiempos por la mano de Dios. Entonces como en el dia de hoy era el acusado de traicion un individuo de tu familia... el terrible Ezzelino; entonces lo mismo que ahora, un enviado del Duque le pedia cuenta de una conspiracion cuyas pruebas faltaban; el traidor, tan atrevido como tú ultrajando la triple magestad del sepulcro, de la iglesia, y de la justicia del soberano, os pronunció las palabras siguientes: «Que muera yo en este instante si el crimen que se me imputa es cierto.» En el mismo momento se desprende una gran piedra de la bóveda de la capilla, y lo hiere de muerte!.. Parece que ahora no te ries al escucharme!..

JACO. Yo!..

BERTA. Pues jura sobre ese sepulcro medio abierto... jura que jamás has tratado de asesinar á Genaro... que nunca has atentado contra sus dias!..

JACO. Y á qué conduce esa especie de comedia?

CON. Señor Jacobo, no os negueis á prestar un juramento, que por gran privilegio se ha concedido á los caballeros cuando son calumniados.

BERTA. Jacobo!.. hasta este momento solo

han sido los hombres los que te han atacado. Veamos si ahora te atreves á insultar al mismo Dios!...

IRG. (*en voz baja.*) Si... jurad si os atreveis á hacerlo.

JACO. (Que horrible agitacion. *ap.*) HorrORIZARME yo de un juramento!.. De pronunciar unas cuantas palabras engañosas! Vamos!) (*se adelanta hácia el sepulcro cuya piedra acaban de levantar.*) Yo, Jacobo de Monzani, juro que jamás he tratado de hacer traicion á mi primo Genaro, juro igualmente que nunca he atentado contra su vida.

ESCENA VI.

Los mismos y GENARO que aparece por encima del sepulcro; despues RUSTIGUELO.

GEN. Mientes, Jacobo.

TODOS. Genaro!

RUST. Y yo, si me permitis pasar adelante... Como si fuésemos unos paganos nos habiais proporcionado una sepultura á vuestro gusto... sin tomaros siquiera la incomodidad de hacernos los honores fúnebres!.. Felizmente se nos ha abierto aqui una salida. ¿Quién ha sido el que ha tenido esta ocurrencia tan feliz?

BERTA. El mismo Jacobo, á quien el cielo cansado de sus crímenes, conducia á la perdicion.

RUST. Os lo estimo. (*á Jacobo.*)

BERTA. (*á Genaro.*) Tomad este testamento que he llevado siempre conmigo.

JACO. Ese testamento! Oh! nunca, he jugado el todo por el todo, ese testamento es nulo, y yo os lo arrancaré mas que os pese. (*echando mano á su puñal.*)

COND. Desgraciado!

MAR. Detenedle. Y vos, señor Condestable, decid al gran Duque que he dado la mano de mi hija al señor Genaro de Monzani!

GEN. Virginia!

RUST. Si el perdon de S. A. pudiera llegar hasta mi...

COND. En su nombre os lo otorgo; pero vos mismo ireis á anunciar al Gran Duque que su justicia para con ese hombre ha sido inexorable. (*señalando á Jacobo que cae abatido en un sillón.*)

FIN.

Madrid, 1846.

Imprenta de D. Vicente De Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

